



SIGUE
LLOVIENDO

ALICE KELLEN

Sigue lloviendo
ALICE KELLEN

SIGUE LLOVIENDO

2015. Alice Kellen. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos están reservados, incluida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso de su autora.

Los derechos de la imagen de la cubierta pertenecen a www.stocklib.es

Si deseas ponerte en contacto con la autora:

Blog: www.alicekellen.com

Email: alicekellen7@gmail.com

Twitter e Instagram: @AliceKellen_

Pinterest y Facebook: Alice Kellen

*Para mamá.
Gracias por tu apoyo. Siempre.*

1

Víctor

Se me disparan las pulsaciones en cuanto la veo. Es ella. Siempre ha sido ella. Y está ahí sentada, con esa actitud serena que se esfuerza por proyectar ante los demás. Tiene las manos cruzadas sobre la mesa y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, de

modo que algunos mechones de cabello enmarcan su rostro ovalado. Me fijo en la piel suave de su cuello, en la curvatura de sus hombros...

—Por favor, Señor Ojeda, pase por aquí y ocupe uno de los asientos.

Trago saliva e intento parecer más seguro de lo que me siento. Camino hasta el centro del impersonal despacho, le tiendo la mano a su abogado y me

acomodo frente a ella. Levanta la vista. Nuestras miradas se entrelazan, se enredan en una sola y no sé si voy a ser capaz de deshacer ese nudo. Quiero seguir atado a ella, a esos ojos.

—Sara... —comienzo a decir, pero no sé cómo seguir y su nombre se pierde en mis labios. Noto la boca espesa. A pesar de ser media tarde, aún me duran los efectos del alcohol y la desolación

de la pasada noche; un par de aspirinas no pueden enmascarar las emociones que me acechan.

—Por lo que veo, sigue pensando que no necesita un abogado —dice el hombre dirigiéndose a mí. Lleva el nudo de la corbata mal hecho y no deja de toquetear con sus gruesos dedos el botón superior de la americana que viste.

—Como aseguré en su momento, no,

no lo necesito. Hace unas semanas ya acordamos por teléfono que ella se quedaría con el apartamento y la mitad del dinero.

—Exacto. Y mi clienta debería abonarle el valor proporcional de la mitad el piso.

Él revisa algunos papeles que ha dejado sobre la mesa llevándose un dedo a los labios cada vez que pasa una

hoja.

—No, no quiero —declaro.

Veo que Sara presiona los labios.

—Es lo justo —interviene su

abogado.

—No me importa.

—Víctor, no discutas. Hagámoslo

por la vía fácil.

Me estremezco al oír finalmente su

voz, después de tantos meses, después

de tanta ausencia... Llena la habitación.

Me llena a mí.

—Quiero que te quedes el piso. Y no me debes nada —insisto.

Su abogado nos mira
alternativamente mientras
permanecemos sumidos en un silencio
tenso, retándonos con la mirada.

—Los papeles ya están preparados
—aclara ella—. Fírmalos, por favor.

Suspiro ante ese ruego. Quiero complacerla, de verdad que sí... pero no puedo. No así. Sin embargo, la conozco lo suficiente como para saber que no cederá, no lo hará. Pero solo pienso en que no puedo dejarla sola, tan frágil, tan lejos de ser ella misma. Ojalá pudiese entrar en su mente y manejar todas sus ideas a mi antojo; eliminar el sufrimiento, colorear las zonas grises,

reparar lo que se ha roto... porque ese es el único modo de arreglar también todo lo malo que hay en mí.

—Terminemos ahora con esto —
susurra.

El dolor sigue ahí, en sus ojos verdosos. Puedo verlo. También me fijo en las ojeras que ensombrecen su mirada y en la piel de su rostro, más pálida y apagada de lo normal. Tiempo atrás,

Sara siempre fue capaz de representar una obra de teatro diaria para cualquier persona que se cruzase en su camino. Todos los que la rodeaban eran meros espectadores. Todos, menos yo. A mí siempre me dejó ver la verdad, los entresijos de su mente, los miedos que la comprimían. Me gustaba todo de ella. Lo bueno y lo malo. Todo.

—Dame algo a cambio —digo.

El abogado tose, incómodo por la atípica situación, pero antes de que pueda inmiscuirse, Sara habla:

—¿Qué es lo que quieres?

—Una cena. Una despedida.

—¿Una despedida? —su rostro se contrae en una mueca de dolor antes de que consiga disimularlo.

—Solo tienes que prometerme eso y firmaré lo que tú quieras.

Duda durante unos segundos.

—Está bien. Lo prometo.

Con delicadeza, desliza los papeles del divorcio por la pulida mesa de madera hasta colocarlos frente a mí. El abogado me tiende un bolígrafo. Suspiro hondo e intento ignorar la angustia que me sacude al saber que estoy a punto de perder definitivamente lo único que me queda en el mundo. Mi esposa. Mi vida.

Mi mitad. Casi literalmente.

No leo nada y paso los papeles hasta ir directamente a la última página.

Miro a Sara una vez más, pero ella tiene los ojos fijos en una pulsera plateada y trenzada que adorna su muñeca. Me doy cuenta entonces de que ya no lleva puesta la alianza de bodas.

No debería sorprenderme.

Cierro los ojos, cojo aire y trazo mi

firma. Después, arrastro la silla hacia atrás y me pongo en pie. Me sujeto al borde de la mesa cuando noto que me tambaleo un poco. No pienso volver a beber. No pienso hacerlo. El ardor de la garganta es insoportable, aunque ya no sé si se debe al alcohol o a la indiferencia que encuentro en su rostro.

—¿Mañana a las ocho de la tarde?

—pregunto.

—Sí, de acuerdo.

—Pasaré a recogerte.

Me doy cuenta de que todavía sostengo el bolígrafo y lo tiro sobre la mesa de mala manera. Les doy la espalda a ambos y salgo del asfixiante despacho sin decir ni una sola palabra más. Odio las putas despedidas. Tampoco podría haber pronunciado ni un simple «adiós», porque siento que me

ahogo, como si algo me aplastase contra el suelo. Camino a trompicones por el bufete de abogados, paso de largo los ascensores y bajo las escaleras de dos en dos. Cuando salgo a la concurrida calle del centro de Valencia, alzo la mirada y me concentro en el azul cobalto del cielo, en las nubes de espuma, en los pájaros que izan el vuelo... en cualquier cosa, cualquier cosa que no tenga nada

que ver con lo que acabo de dejar atrás.

2

Sara

—¿Estás bien?

Tomo una bocanada de aire antes de girarme hacia mi abogado. Parece preocupado por mí. No, no preocupado. Apenado. Esa es la palabra. Detesto que me miren así, detesto sentirme tan pequeña, tan débil.

—Sí, tranquilo —me levanto y guardo los papeles que me tiende con gesto afable. El teléfono no deja de vibrar en el interior del bolso. Lo saco y leo por encima los últimos mensajes. Es mi hermana.

—Para cualquier cosa que necesites...

—... te llamaré —concluyo.

—Cuento con ello.

Me acompaña hasta los ascensores del edificio y espera pacientemente a mi lado hasta que me ve desaparecer en el interior del cubículo. Allí, sola, deseo por un instante que nunca llegue a la planta baja. Quiero quedarme aquí para siempre, encerrada entre cuatro paredes, ajena al mundo que sigue su curso, ajena a todo y todos. Pero cuando escucho el característico pitido y las puertas se

abren comprendo que no va a ocurrir.
Tengo que seguir adelante. Salgo del
ascensor.

Llevo apenas diez minutos
caminando por la calle cuando mi
hermana llama por tercera vez
consecutiva. Incapaz de ignorarla más
tiempo, cojo el teléfono.

—¿Cómo estás? ¿Ha ido bien?

—Sí —miento.

—¿Necesitas que me acerque a recogerte? —pregunta—. Podríamos ir a comer a ese restaurante del Carmen que te gusta tanto, el que tiene las mesas amarillas, ¿te apetece?

—No, Sofía, hoy no. Necesito descansar.

—Encerrarte en casa no ayudará. Deja que te haga compañía, por favor.

—Lo siento. De verdad —insisto—.

Mañana quizá.

—¿Compro comida china para llevar?

—No, no vengas. En serio.

Cuelgo el teléfono sin darle tiempo a decir nada más. Solo deseo estar sola. Sin ver a nadie. Sin dar explicaciones. Sin fingir una alegría que no siento para que los demás se queden tranquilos y piensen que estoy bien, que voy

mejorando. Pero no es verdad. Hay cosas que no tienen arreglo.

Al llegar a casa pongo la bañera a llenar. Enciendo la minicadena de música y pongo uno de esos discos relajantes que me recomendó el psicólogo. No estoy segura de que funcionen. Solo se oyen cascadas cayendo, hojas susurrantes, lluvia chocando contra el suelo, pájaros que

cantan y aletean sin descanso. Y a veces, solo a veces, los imagino muertos. A los pájaros. Muertos y ensangrentados. Es el único modo de acabar con el pjar, con ese sonido melodioso que me retumba en los oídos y me distrae de todo lo demás.

Me desnudo frente al espejo grande del cuarto de baño e ignoro la forma de mi estómago, cada vez más cóncava, y

las costillas tan marcadas que casi puedo contarlas una a una. Dejo una copa de vino tinto en el borde de la bañera y me meto dentro; no me importa que el agua esté demasiado caliente. Hundo la cabeza hacia atrás y la sumerjo totalmente. Aguanto la respiración hasta que no puedo más. Cuando vuelvo a salir a la superficie, jadeo y me llevo una mano al pecho.

Rompo a llorar.

No puedo parar de hacerlo.

Y no dejo de pensar en Víctor, en cómo lo he visto hoy. Destrozado. Ausente. Tenía los ojos enrojecidos y acuosos y no había rastro de la alegría y el brillo travieso que antaño conquistaba su mirada. Llevaba parte de la camisa blanca por fuera y los dos primeros botones desabrochados. Él, que siempre

ha vestido de un modo impecable. Él, que con su mera presencia era capaz de hacer reír y enamorar a todos los presentes. Tenía ese don, esa facilidad de caer bien a los demás de la que yo siempre carecí. Y a mí me encantaba que supliese y contrarrestase mis debilidades. Mientras yo me escondía detrás del objetivo de la cámara y capturaba la vida y jugaba con las luces

y sombras, Víctor se exponía y convencía al mundo de sus ideas, de la dirección que debían tomar...

Cuando agoto todas las lágrimas, le doy un trago a la copa de vino. Y luego otro y otro más, hasta vaciarla. Fijo la vista en la cristalera opaca de la ventana diminuta del baño y me pregunto qué estará haciendo en este mismo instante. Cuanto menos quiero pensar en él, más

lo hago. Ni siquiera estoy segura de poder cumplir mi promesa. No sé si podré soportarlo.

Verle es doloroso.

Verle es lo último que deseo.

3

Víctor

Anna me mira con atención y una sonrisa tonta en los labios. Está sentada en la mesa de mi despacho, con esa confianza que no me hizo falta darle porque ella se encargó de cogerla sin antes preguntar. Se lleva un dedo a los labios.

—Así que una cena. Los dos. A solas.

Asiento con la cabeza y tecleo algo más con la vista fija en la pantalla del ordenador. El último anuncio que han encargado a la empresa es de una marca de zapatillas deportivas; una imagen diseñada en exclusiva de un cielo azul añil con una carretera esponjosa hecha de nubes en vez de asfalto, todo ello

bajo el eslogan «No hay límites. Elige tu destino».

Una mierda. Antaño me hubiese molestado en pensar en algo mejor, pero hace tiempo que mi trabajo ha dejado de importarme. Ya no disfruto con ello. Ya no disfruto con nada, en realidad.

—¿Y cuál es la intención?

Levanto la vista hacia Anna preguntándome por qué sigue aquí y si

no tiene nada mejor que hacer. La
aprecio y es una de las pocas personas
que sabe mi historia. Parte de la
historia. Pero a veces resulta agobiante.
Hace poco más de medio año que nos
conocemos, así que al contrario que el
resto de mis compañeros de oficina, no
ha sido testigo del cambio en mi actitud;
nunca se ha visto las caras con el Víctor
del pasado y eso me libera de algún

modo. No tengo que fingir ser alguien que ya no existe.

—Verla una vez más. Despedirme.

No lo sé.

«Impedir que se marche para siempre», susurra una voz en mi cabeza.

—Lo entiendo —asiente con la cabeza—. ¿Tienes algo planeado?

—Sí.

—Y no vas a contármelo...

—Chica lista.

—¿Puedo darte un consejo?

—¿Tengo alternativa?

Suelto el ratón del ordenador y ella sonríe.

—Llévale flores. Las rosas son más clásicas, pero las margaritas nunca fallan. Son las que he elegido para mi boda: margaritas blancas —recalca—.

Y a propósito, sigo esperando una

respuesta a mi invitación.

—Sabes que no iré. Me alegro por ti, de verdad que sí, pero... —En dos semanas se casará con uno de los informáticos de la tercera planta, un joven tímido e inteligente que la adora tanto como ella a él—. Ahora mismo... no puedo...

—No hace falta que te inventes una excusa descabellada, lo comprendo.

—Vale.

—Bien —baja de la mesa de mi escritorio y se pone en pie—. Suerte esta noche. Recuerda lo de las flores —añade antes de salir y yo no la corrijo.

Sonrío para mí mismo.

Sara odia que le regalen flores. No soporta la idea de que algo tan bonito y delicado se marchite en apenas un par de días. A ella le gusta encontrarlas

salvajes, en el campo, libres, e inclinarse y recostarse sobre la hierba húmeda para fotografiar los coloridos pétalos desde todos los ángulos posibles.

Recuerdo los primeros años de nuestro noviazgo. Las escapadas por carretera de un par de días en las que nos íbamos con lo puesto, sin apenas equipaje, a la aventura, recorriendo

pueblos y lugares, cantando en el coche, besándonos en cada cruce, en cada parada, en cada semáforo; riéndonos de todo, alimentando las bromas que solo eran nuestras y nadie más podía entender. Los atardeceres que parábamos en prados desolados y yo la miraba tumbado en la tierra durante horas y horas mientras ella fotografiaba el mundo bajo su ojo crítico y el sol se

desplomaba sobre el horizonte.

Si ahora volviese atrás... lo cambiaría todo. Reconstruiría los cimientos, diría mil «Te quiero» más, la abrazaría cada noche y nunca me dormiría sin que hubiésemos hecho las paces, nunca. Crearía un escenario diferente para los últimos días de nuestra vida juntos. Si pudiera... si pudiera volver... entonces...

4

Sara

Estoy a punto de bajar al portal de casa cuando advierto que llevo el suéter color burdeos que a Víctor le gustaba. Regreso a la habitación, me lo quito y lo lanzo a un rincón. Me pongo una sudadera gris y, ahora sí, salgo del edificio.

Él está apoyado en la pared de la cafetería de al lado. Viste unos vaqueros oscuros y un jersey negro de cuello ovalado. Se me revuelve el estómago cuando me mira porque esos ojos... mierda, no soporto encontrarme con sus ojos, con el azul del mar, del mar profundo.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—He aparcado dos calles más allá.

Asiento con la cabeza y camino a su lado en silencio. Guardo una prudente distancia de seguridad. Sé que si esa mano suya que ondea a un lado del cuerpo rozase la mía... sé que me estremecería y él lo notaría. Siempre hubo algo en su piel, en la forma de tocarme, de mirarme, de sonreírme, que conseguía deshacerme por dentro,

romper la coraza que construí para el resto del mundo. Y me gustaba mi soledad, hasta que él llegó y me hizo compartirla. Nunca fui introvertida por tener problemas, por nada concreto; simplemente lo era porque me hacía feliz, porque me sentía bien conmigo misma, porque nunca necesité más.

Tras subir al coche, permanezco muy quieta en el asiento mientras

recorreremos en silencio las calles de la ciudad, pero no puedo evitar estremecerme cada vez que parece que sus dedos van a tocar los míos, cada vez que alarga el brazo para cambiar de marcha. Tiempo atrás, me gustaba colocar mi mano sobre la suya y sentir el movimiento cuando cambiaba a primera y de primera a segunda y luego tercera y vuelta a segunda y primera, lo

notaba tensarse bajo mi piel, advertía la suavidad al desplazarse...

—¿Tienes hambre?

Fijo la mirada en la luz roja e intensa del semáforo.

—No mucha.

—Estás muy delgada, Sara.

Me acaricia con la voz, con ese toque suave que usa cuando quiere disipar la tensión y sabe que no debe ser

brusco. Funcionaría si no le conociese tan bien. Y en parte lo hace, porque consigue descolocarme.

No respondo. El semáforo cambia a verde.

Sé adónde nos dirigimos mucho antes de que el cartel violeta aparezca iluminado por las farolas de la calle. Es el sitio al que me llevó en nuestra segunda cita. Un restaurante vegetariano,

pequeño, acogedor, donde hacen las mejores hamburguesas de tofu del mundo.

Mientras aparca el coche, escondo los puños en las mangas de la sudadera y me pregunto qué demonios estoy haciendo aquí. Saldría corriendo de inmediato si no supiese de antemano que él me seguiría y me alcanzaría. Apaga el motor y saca las llaves del contacto, que

tintinean suavemente.

—¿Lista?

No busco sus ojos. Abro la puerta del copiloto y salgo. El aire es gélido y me muerde la piel. Cuando entramos en el restaurante nos dirigimos sin hablar hasta la mesa del fondo, la que está al lado de la cristalera, la que siempre solíamos ocupar si estaba disponible. Nos sentamos uno frente al otro y su

pierna roza la mía durante una milésima de segundo. Encojo las rodillas todo lo que puedo.

—¿Lo de siempre?

Víctor señala con la cabeza la carta del menú, pero no la toca.

—Sí.

—Yo también.

—Vale.

Sé que el camarero nos reconoce.

Lleva un bolígrafo azul en la mano derecha y no deja de presionar el botoncito superior. Me pone nerviosa ese *clic, clic, clic*. Sonríe y le tiende la mano a Víctor que finge una alegría que no siente por el mero hecho de hacer felices a los demás. Advierto que ya no actúa tan bien como antaño. Falla en la mirada; ahora está apagada y no importa cuánto curve los labios: sus ojos azules

carecen de brillo. Trago saliva intentando deshacer el nudo que me oprime la garganta.

—Hacía mucho tiempo que no os veía por aquí, ¡mis clientes preferidos! —me mira—, ¿no te has pasado al otro bando, verdad? ¿Sigues sin comer carne?

—Sigo fiel a mis costumbres — contesto.

El risueño camarero se centra en mi marido. En mi exmarido.

—¿Aún no te ha convencido?

—No. Me pierde un buen filete.

—Hay cosas que nunca cambian.

Tengo ganas de decirle que todo, todo cambia constantemente. Una mañana te levantas y tienes todo lo que deseas en la palma de tu mano y al día siguiente no eres capaz de encontrar una

miserable razón para seguir adelante. Una mañana eres feliz y otra no. Un día confías en tu marido, en que es el mejor hombre del mundo, que nunca podrá fallar... y a la siguiente descubres que estabas equivocada.

—Dos hamburguesas de tofu con lombarda, lechuga, aguacate y soja — levanta la vista hacia mí—. ¿Qué te apetece beber?

—Una copa de vino.

—Una botella de tinto —especifica él.

—¿Alguno en especial? —El

camarero garabatea el pedido en la libretita de mano.

—Lo dejo a tu elección.

No tarda más de cinco minutos en traer la cena. Hago un esfuerzo y le doy un bocado a mi hamburguesa. Saboreo la

salsa de mostaza y soja y la textura suave del tofu con pepitas de sésamo. Nos miramos en silencio mientras cenamos. Me sigue pareciendo raro tenerle tan cerca, estar aquí, en este lugar tan familiar y a la vez tan lejano. A pesar de la ausencia de este último año, hemos estado juntos casi una década y no puedo borrar los recuerdos. Tenía diecinueve años cuando le conocí; yo

era una cría y él un visitante más que paseaba por la exposición con aire ausente. Vi como observaba con desinterés los trabajos de mis compañeros de la facultad hasta que llegó a una de mis fotografías.

La había hecho en el parque que había a dos calles de mi casa. Era un charco de barro, sucio, feo. Pero en medio del fango se entreveía un tallo

verdoso y jugoso que terminaba en forma de flor, con el centro amarillo y los pétalos blancos; una de esas plantas silvestres que crecen en un entorno hostil y se niegan a desaparecer, a ser aplastadas. Era una superviviente.

Víctor se inclinó un poco hacia esa fotografía y la miró de un modo que consiguió que me cosquilleasen las palmas de las manos a pesar de que nos

separaban varios metros de distancia. Supe que él sí veía aquello que había deseado contar sin necesidad de palabras: la lucha de esa diminuta flor salvaje. No la esperanza, no, sino la lucha. Y me enamoré en cuanto se giró y el azul de sus ojos me envolvió, abrazándome con la mirada.

5

Víctor

—Aquí todo sigue igual —digo mientras miro a mi alrededor, fijándome en las paredes de madera y en las plantas de hojas ovaladas y grandes que adornan cada esquina del local.

—Aquí sí.

Suspiro hondo y le doy un trago a la

copa de vino. Bajo la vista a la mesa y después vuelvo a alzarla hasta ella.

—Te he echado de menos.

Las palabras escapan de mis labios antes de que pueda detenerlas. Ella deja la hamburguesa en el plato con manos temblorosas y coge la servilleta para limpiarse.

—No puedes hacer esto —dice.

—Soy incapaz de fingir que no

estoy deseando ponerme en pie y rodear esta puta mesa y besarte hasta que me obligues a parar.

Sara parpadea más de lo habitual y tuerce los labios. Esos labios que quiero tener entre los míos. Con cuidado, dobla la servilleta que aún sostiene y evita mirarme. Apoyo los antebrazos en la madera que nos separa y me inclino hacia delante.

—Te quiero —susurro.

—¿Cómo puedes no entenderlo?

—Sí que lo entiendo. No lo comparto.

—¿Cuál es la diferencia? —respira entrecortadamente—. Y de todos modos, ¿qué importa ahora? Estamos divorciados, Víctor. Ya no somos nada.

—Tú y yo lo somos todo. Siempre lo hemos sido.

Ella niega con la cabeza e intenta que no me fije en que tiene los ojos acuosos. Me fijo. Claro que lo hago. No digo nada y dejo que se calme, la observo mientras apoya la mejilla en una mano y con la otra comienza a arrancar las pepitas de sésamo al pan de la hamburguesa. Una a una, como si le estorbasen.

Al final suspira y levanta la vista.

—Vas a ser feliz. Tú vas a serlo —
asegura—. Los dos tenemos que
comenzar desde cero, es el único modo
de seguir y dejar de dar pasos hacia
atrás que no conducen a ninguna parte.

—¿Crees que puedo ser feliz sin ti?
—digo en un susurro—. No quiero ni
imaginar esos ojos tuyos mirando a
alguien como antaño me mirabas a mí. Y
soy incapaz de creer que todo lo que

sentías, lo que sentíamos, haya desaparecido. Tiene que estar en algún sitio. Si lo buscas...

—... No lo encontraré, Víctor. Ya no está.

—Mientes.

—Debería irme ya...

—¿Deberías o quieres?

—Quiero. Y debo. Es mejor así. Es nuestra única posibilidad.

Se pone en pie antes de que pueda añadir nada más. Pagamos la cuenta y salimos.

La lluvia cae sobre el asfalto y repiquetea contra los cristales de los coches aparcados a un lado de la acera. Hace frío. Y el cielo llora todas las lágrimas que no dejo salir. Inspiro hondo y me pierdo en la profundidad de sus ojos por última vez. Adoro esos

ojos. La sensibilidad que hay en ellos, ese toque tan vivo y perspicaz que me volvió loco desde el primer instante. No quiero dejarla escapar. No quiero.

—Cogeré un taxi —murmura.

—Deja que te lleve a casa.

Me mira y aparto la vista de su rostro un segundo cuando advierto el ligero temblor que sacude su mano; los dedos, largos y delicados, aferran la

correa marrón del bolso como si fuese el único punto de sujeción que le queda en el mundo.

Está tan rota, tan perdida.

Y yo solo quiero arreglarla, solo quiero dejarme encontrar...

—No lo hagas más difícil, por favor —ruega y gira la cabeza hacia la transitada avenida y la parada de taxis.

—Llueve mucho. Me quedaría más

tranquilo si...

—Gracias por la cena, Víctor.

Se inclina hacia mí poniéndose de puntillas y me da un beso en la mejilla. Un beso efímero, suave. Un beso que duele. Permanezco inmóvil en la acera mientras la veo huir y fundirse con la oscuridad de la noche. Cruza la calle andando a paso rápido, sin molestarse en resguardarse de la lluvia. Sara tiene

ese caminar firme y a un mismo tiempo delicado que me hace desear observar durante horas el sugerente balanceo de sus caderas.

Desaparece de mi vista, pero sigo allí, bajo la cornisa, no sé ni cuánto tiempo. No me hago a la idea de no volver a verla, a escuchar su voz, a oler esa mezcla floral que la caracteriza... Ahora todo parece más real que unos

meses atrás. El peso de esos papeles firmados es inmenso, brutal. Si quedaba algo entre nosotros, si había un atisbo de esperanza... ya no queda nada. Absolutamente nada.

Sara se ha ido. Ya sé que no volverá.

Cuatro meses después...

*Y verte cómo cambias
—y lo llamas vivir—
en todo, en todo, sí,
menos en mí, donde te sobrevives.*

Pedro Salinas. [Afán]

6

Sara

Rompo la fotografía que sostengo en la mano y tiro los trocitos a la papelera. Me concentro en el tráfico de la calle durante unos segundos, con la mirada clavada en el cristal de la ventana. Siempre hay atascos a primera hora de la mañana. El sol reluce en lo alto del

cielo, a punto de dar la bienvenida al caluroso verano.

—¿Me dejas esta camiseta?

La voz de Sofía, mi hermana pequeña, me distrae y dejo de mirar la concurrida avenida que se dibuja bajo el ventanal.

—Quédatela. Te la regalo —digo, sin pararme a mirar de qué prenda se trata. Tampoco me importa.

—¿En serio? —me sigue hasta la cocina—. Sabes que te adoro, ¿verdad? Esto vale por otra sesión de películas de risa y palomitas, pero de las que llevan mantequilla hasta aburrir.

Pongo los ojos en blanco y sonrío. Meto el café con leche que acabo de preparar en el microondas. Sofia se quedó anoche a dormir e ideó una de esas sesiones cinéfilas que tanto le

emocionan. Últimamente pasa en casa muchos días y eso es bueno y malo a un mismo tiempo. Bueno, porque evita que me quede en la cama tirada hasta bien entrado el mediodía, preguntándome qué dirección tomar, qué finalidad tiene mi vida ahora. Y malo, porque echo de menos poder hundirme entre las sábanas y fingir que el mundo exterior ha dejado de existir. Una parte de mí quiere seguir

dando vueltas en la mierda. Hay algo profundo, algo anclado en mi interior que me impide desear levantarme y enfrentarme a las adversidades.

Mamá vino a verme hace un par de semanas y eso, lejos de ayudar, solo consiguió enfurecerme. No me entiende. ¿Y cómo puede ella, precisamente ella, no ponerse en mi lugar? Me habló de ser una mujer fuerte, una mujer

independiente, una mujer luchadora y tenaz y valiente.

Es evidente que no encajo en ninguno de esos adjetivos.

He fracasado. He perdido.

Si la vida es un juego... ¡me rindo!

Quiero parar. Quiero bajarme de este barco. El tiempo pasa y nada mejora. No puedes estrellar una copa de champagne contra el suelo y esperar que se arregle

sola, que los diminutos trozos de cristal se unan y encajen entre ellos sin dejar ninguna cicatriz. Eso no ocurrirá.

—¿Tienes clase esta mañana? —
pregunto.

—No. Iré a la biblioteca.

Sofía muerde su tostada e ignora las migajas de pan que caen al suelo de la cocina. Niega con la cabeza y prosigue escribiendo un mensaje en su teléfono

móvil. Aunque tan solo nos llevamos cinco años de edad, parece mucho más. No en el aspecto físico, en el que somos muy similares, ambas con el cabello negro y lacio, sino en un plano mental. Ella, universitaria, risueña, con mil ilusiones por delante. Yo, apática, sin ninguna meta concreta que cumplir, opaca.

—Tengo que ir a la oficina a

entregar un encargo —digo—. ¿Traigo algo de comer?

Me mira dubitativa

—¿Te molestaría que no volviese hasta mañana? Tengo que ir a casa a coger ropa y esta noche es el cumpleaños de María y...

—No tienes la obligación de cuidar de mí, enana —le revuelvo el pelo al pasar por su lado y ella resopla—.

Estoy bien. De verdad que sí —miento
—. Haz tu vida. Disfruta. Sal por ahí —
me obligo a sonreír y, media hora más
tarde, salgo de casa con una carpeta
llena de fotografías bajo el brazo,
dispuesta a entregar el último trabajo
como *freelance* en la oficina
correspondiente: unas instantáneas de un
par de casas victorianas con muebles
originales que aparecerán en un

reportaje de una revista de decoración.

Víctor

Aún noto la garganta irritada y la cabeza me da vueltas. Tomo una enorme bocanada de aire mientras intento concentrarme en las letras que bailan y se tornan borrosas en la pantalla del ordenador. Es viernes. A veces me cuesta situarme, recordar en qué día de

la semana vivo porque todos ellos son exactamente iguales: un infierno.

Anna entra en mi despacho con su habitual alegría.

—¿Planes para hoy? ¿Una noche loca? —bromea al tiempo que se deja caer en el sillón que hay frente a mi mesa de trabajo.

—Sí, he quedado con un tal Whisky y una señorita llamada Sofá que piensa

hacerme compañía hasta el amanecer.

¿Quieres más detalles?

—Ahórratelos. Ya moriré de aburrimiento otro día.

Refunfuño por lo bajo y lanzo a la papelera de reciclaje del ordenador los últimos diseños que me han enviado.

Mierda en mi correo no, gracias.

—¿Te apetecería venir a cenar con nosotros? Es el cumpleaños de Juan —

dice, y se le iluminan los ojos en cuanto nombra a su marido—. Será algo tranquilo, solo con un par de compañeros y estoy segura de que...

—Quizá la próxima vez—le corto.

—¿El año que viene?

—Sí. Puede.

Anna suspira hondo y me dedica la misma mirada que mi madre usaba a todas horas cuando era pequeño, antes

de que muriese: una mezcla entre compasión y dureza nada fácil de lograr; porque es afable, sí, pero también exigente.

—¿Hasta cuándo piensas seguir así?

Dejo a un lado el ordenador y me vuelvo hacia ella. Mantiene los brazos cruzados sobre el pecho y no deja de repiquetear con el pie en el suelo de madera.

—Oye, eres mi amiga, ¿vale? Te dejé entrar en mi vida por alguna razón que ahora no recuerdo y estás dentro, pero te aconsejo que no hagas demasiado ruido si no deseas salir. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Claro. Entiendo que te jode que todavía exista alguien en el mundo que se preocupa por ti. ¿Qué tiene de malo que intente ayudarte? El tiempo sigue

corriendo aunque tú sigas aquí parado.

La miro durante lo que parece una eternidad.

—Ni siquiera puedes hacerte una idea de cómo me siento.

—Eso es lo que tú crees —me mira angustiada y me sorprende la empatía que encuentro en sus ojos—. Pero tienes que dejarte ayudar, Víctor. Si no, es imposible que pueda hacer nada por ti.

La gente empieza a murmurar. Llegas a la oficina oliendo a alcohol, y eso cuando llegas porque hay días que ni apareces; tienes suerte de ser uno de los socios. Además, no dejas de gritarle a los diseñadores y...

—Me la suda la gente. Que les den.

—Víctor...

Cierro los ojos, suspiro y me llevo los dedos al puente de la nariz. Sé que

Anna tiene razón, lo sé mejor que nadie, pero no quiero reconocerlo porque si lo hago el siguiente paso implicaría un cambio y estoy bien como estoy. Sin esforzarme, sin pensar, solo dejándome llevar por la corriente sin preguntarme adónde me dirijo. ¿Qué más dará...?

Antes tenía que ser el tío simpático y encantador de la oficina y ahora puedo ignorar a todo el mundo sin más. Adiós.

Fuera. Fuera de mi vida. Incluido Eric, él y todos los demás socios o personas que en un momento de enajenación mental pensé que eran mis amigos. No eran una mierda. Así todo está mejor.

Anna carraspea sutilmente.

—¿Me acompañas a almorzar? — pregunta de pronto animada, como si hubiese advertido que estaba siendo demasiado severa.

Aflojo un poco. Siento que me ahogo.

—Vale, sí.

—¿En serio? ¿No te estás quedando conmigo?

Me pongo en pie y ella sonrío todavía incrédula. Tiene razones para hacerlo. Me pregunta todas las dichosas mañanas si quiero acompañarla a la hora del almuerzo y yo siempre contesto

con un seco «no». Juro que no conozco a nadie más perseverante que esta mujer.

Salimos del edificio de oficinas y caminamos por el centro de la ciudad en silencio. El cielo es una superficie lisa y perfecta de un azul añil tan solo roto por las nubes algodonosas que lo atraviesan. Elegimos una cafetería poco concurrida varias calles más allá. A un lado hay una enorme barra de madera con expositores

que contienen la comida y muestran los panecillos alargados de los bocadillos.

Pido lo mismo que ella, uno de tortilla.

Ya en la mesa, intento concentrarme en las anécdotas que Anna cuenta sobre la última reunión que hubo con la empresa de cosmética que acaba de contratar nuestros servicios publicitarios. Yo no asistí. Estaba ocupado haciendo... bueno, quién sabe

qué. Prefiero no pensarlo.

—Y entonces le dije: ¿colorete granate? ¿Cómo se vende eso? A las mujeres no nos gusta parecer payasos de feria.

Mastico el pan y la tortilla con parsimonia, preguntándome por qué no he venido antes a este lugar. Es agradable. Resulta más fácil de lo que pensaba estar sentado en esta mesa... y

entonces la veo.

La veo en la barra, inclinada levemente hacia delante y señalando con la punta de su delicado dedo una magdalena con pepitas de chocolate. Sé que es Sara incluso antes de que se gire. Sería incapaz de no reconocer el cabello oscuro recogido en un moño desenfadado, la curvatura de su nuca y la elegante forma del cuello...

La voz de Anna se torna amortiguada, confusa. De pronto, el mundo se deshace a mi alrededor como si estuviese pintado con acuosas acuarelas. Me pongo en pie y camino con grandes zancadas hacia ella, ignorando que mi compañera de trabajo me sigue.

Toco el hombro de Sara. Se gira. Me mira. La miro. Siento que algo se

estremece en mi pecho y rezo para que no pueda ver todas las heridas abiertas que todavía supuran.

Se humedece los labios antes de hablar.

—V́ctor...

8

Sara

Me cuesta un mundo salir a la superficie y abandonar el azul de sus ojos, pero finalmente lo hago cuando miro a la chica menuda que espera pacientemente a su lado. Es guapa. Es dulce. Lleva unas gafas rojas de pasta y el cabello rubio suelto y un poco

despeinado.

Trago saliva.

Me late tan rápido el corazón...

—Estás... te veo... —Él duda un segundo—. Tienes buen aspecto —dice finalmente.

Víctor me desnuda con la mirada, de los pies a la cabeza, del corazón al alma. Si había alguna parte que he intentado mantener oculta estos meses,

él acaba de abrirme en canal, ha entrado y lo ha revuelto todo. Como siempre.

—Gracias.

Quiero decirle que él también, pero sé que notaría que estoy mintiendo, así que no lo hago. Me apoyo en los talones y me balanceo hacia delante con incomodidad cuando advierto que la chica me sonrío.

—Me llamo Anna, encantada de

conocerte —permanezco muy quieta mientras me da dos besos, uno en cada mejilla. Huele a canela—. Imagino que tú debes ser Sara.

Asiento con la cabeza e instintivamente me giro un poco hacia la puerta de la cafetería. De todos los lugares del mundo, de todos los establecimientos de esta dichosa ciudad... tenía que ir a parar a él, como

no. A él. Y ahora a ella, también.

Inspiro hondo.

—Víctor me ha hablado mucho de ti

—concluye sin dejar de sonreír.

Él se remueve algo incómodo y yo noto cómo se me encoje el corazón. De verdad. Es como si una sensación de vértigo se apoderase de todo mi cuerpo. Los miro a los dos, uno al lado del otro y al no poder evitar que los ojos se me

llenen de lágrimas, bajo la cabeza para rebuscar unas cuantas monedas en mi cartera e impedir que me vean en este estado. Dejo tres euros en la repisa de madera y cojo la bolsa de papel en la que va la magdalena tras darle las gracias a la camarera.

—¿Te marchas?

Víctor parece desconcertado.

—Sí, será lo mejor...

—¡Siéntate con nosotros! —La chica señala con la cabeza la mesa en la que estaban acomodados—. Vamos.

La miro con incredulidad.

¿De verdad espera que me quede allí viendo a mi *marido* rehacer su vida? Nunca he deseado su infelicidad. No quiero para él una existencia miserable como la mía, pero eso no contrarresta el dolor, el malestar general que me invade

en cuanto imagino esos labios sobre los
de otra persona, la piel de sus manos
acariciando otro cuerpo...

—Me alegra volver a verte —
consigo decirle—, pero tengo que irme.
Espero que todo..., que todo te vaya tan
bien como hasta ahora —añado,
echándole a ella un último vistazo.

Mi teléfono móvil comienza a sonar
en ese mismo instante. Descuelgo la

llamada y aprovecho el momento de confusión para salir de la cafetería y alejarme de ellos, de todo. Mi hermana me pregunta si estoy bien, si necesito que venga esta noche a casa a dormir.

—Deja de preocuparte por mí — digo.

Esquivo a los peatones y camino distraída por las calles estrechas del casco antiguo, sin dejar de pensar en

Víctor y su mirada y la joven que le acompañaba y prometía nuevos comienzos. No debería sorprenderme tanto, pero lo hace. Me cuesta aceptarlo.

—Estás rara —insiste Sofía después de asegurarle que verá una película a solas y me prepararé una cena en condiciones y no cualquier cosa precocinada.

—Según tú, siempre lo estoy.

—También es verdad —recapacita

—. Te veo mañana, entonces.

—Pásalo bien.

En cuanto cuelgo la llamada me siento en el banco de un parque e intento ignorar el ruido del tráfico a media mañana y concentrarme en el ritmo de mis pulsaciones, en mantenerlo estable.

A veces me cuesta respirar. ¿No es contradictorio que resulte tan

complicado un acto tan instintivo, tan vital...? Coger aire. Expulsarlo. Volver a repetirlo. Inspirar. Soltarlo.

Solo cuando dejo de temblar y me limpio con el dorso de la mano esas lágrimas tontas que han escapado sin mi permiso, me pongo en pie y regreso a mi apartamento. Al menos he entregado el encargo. He hecho algo, me digo.

Cumplo mi promesa a medias.

Vuelco sobre un cuenco unos cuantos canónigos que venden en bolsa. Puede que no sea la comida más elaborada del mundo, pero no es «precocinada» porque, literalmente, nadie los ha cocinado. Me lo termino de tres bocados sin molestarme en sentarme, plantada en medio de esta cocina blanquecina que ya apenas usa nadie nunca. Después lleno una botella de agua del grifo y me

acercó a la ventana para regar las pocas plantas que han sobrevivido a mi apatía e iluminan la estancia. Al terminar, me pregunto qué voy a hacer el resto del día.

Dentro de casa todo es silencio. Si Sofía no está, el silencio se filtra y conquista cada una de las habitaciones. Quizá por eso me sorprende cuando al caer la tarde suena el timbre de la

puerta. Camino descalza y enciendo las luces antes de atravesar el comedor y llegar al recibidor.

Abro.

Víctor me mira, inmóvil, con una mano apoyada en la pared.

—¿Qué haces aquí?

Antes de que pueda detenerle, entra en casa. Contempla su alrededor un segundo, como si le costase ubicarse y

entender que todo sigue igual que cuando se mudó. Después vuelve a girarse hacia mí.

—No puedes irte así cuando me veas la próxima vez —dice en tono acusador—. No puedes fingir que no me conoces, que no hemos estado juntos más de nueve años, ¿lo entiendes? Respeto tus decisiones, pero que me ignores... que me ignores ni siquiera es

una opción.

—No te he ignorado —sacudo la cabeza—. ¿Qué querías que hiciese?

¿Sentarme con vosotros a charlar?

—Por ejemplo.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no?, somos adultos. Te conozco mejor que nadie. Nos debemos al menos algún tipo de consideración. Y si volvemos a vernos, si por casualidad

tropezamos dentro de tres o quince años, me seguirá interesando saber de ti, enterarme de cómo te van las cosas, ponernos al día. Siempre vas a importarme, Sara. Siempre.

Niego con cierta torpeza, todavía aturdida por todos los sucesos del día.

—Lo siento si he sido brusca, pero estabas con ella... y yo...

—¿Con ella?

—La chica —aclaró—. Anna, creo.

Víctor frunce el ceño y entreveo la expresión de comprensión que aparece después en su rostro. Da un paso más hacia mí, rompiendo la distancia que he impuesto entre los dos, apoderándose de mi espacio.

—Por eso te has ido así... —susurra y luego me mira serio—. Solo es una amiga. Te lo juro —se lleva una

mano al pecho.

Ya no sé si puedo confiar en él.

Víctor

—No tienes que darme explicaciones. Sé que no es asunto mío.

—Para mí, sigues siendo mi... —
dejo de hablar, saboreando la palabra «esposa» en los labios, pero no la pronuncio. Tampoco es necesario. Sara sabe perfectamente qué es lo que estoy

pensando.

—No lo digas, porque no es verdad
—baja la vista—. Siento haberme ido
así, tienes razón. Es solo que todo ha
sido tan inesperado y brusco...

—Anna es una compañera de
trabajo. Acaba de casarse y, joder, te
prometo que no hay nada entre nosotros
—aclaro a pesar de su mirada
reprobatoria. Sigo teniendo presente la

idea de justificar ante ella mis actos. Si sostengo la verdad en la mano, se la doy. Siempre he intentado que sea así. Lo he intentado.

—De todos modos, tienes derecho a rehacer tu vida.

—Lo sé, créeme —suspiro profundamente e intento calmarme—. ¿Y tú...? ¿Hay alguien?

Sara se muerde la piel del labio

inferior y después niega con la cabeza. De inmediato noto los músculos más relajados y doy un paso atrás para dejarle espacio. Me doy la vuelta y contemplo el comedor y la barra americana que lo separa de la cocina. Todo sigue como siempre.

Avanzo hasta tocar la alfombra con los pies y me quedo allí, quieto, mirándolo todo. Cada detalle que pueda

parecer insignificante de esta estancia para nosotros supone algo importante, algo irremplazable. La lámpara de mil colores diferentes que compramos en un viaje a Marruecos y los cuadros que trajimos de Tailandia y enmarcamos más tarde aquí. Recuerdo las dudas que surgieron aquella tarde estando en la tienda: ¿un marco naranja o marrón? Al final nos quedamos con el primero.

Encima de la mesa auxiliar hay un par de velas, la caja de una película y unas cuantas revistas de fotografía que, imagino, Sara habrá estado hojeando mientras desayunaba un café con leche. Me encantaba ese momento del día: el desayuno. Verla de buena mañana, empezar la jornada junto a ella. Darme la vuelta en la cama y hallar su cuerpo, su calor, su aroma...

—¿Tú estás bien?

Giro hacia su voz.

—Simplemente estoy.

—Eso no es una respuesta —
susurra.

—¿Prefieres que te dé una lista detallada de cómo me siento? Porque no es agradable.

Nos miramos unos segundos en silencio. Ella se frota el brazo de arriba

abajo con una mano y parece vacilante.

—¿Te apetece un café?

—¿Tienes cerveza?

—No. Ya no compro nada de alcohol.

—Café, entonces.

La sigo en silencio hasta la cocina todavía sin creerme del todo que ella haya propuesto algún tipo de acercamiento; el mero hecho de que mi

visita dure más de lo previsto me pilla por sorpresa. Quiero preguntarle por qué, pero sé que eso solo la agobiaría más. Es probable que ni siquiera sepa responderse a sí misma. Yo me siento igual de confuso todo el tiempo, como si albergase en mi cabeza más pensamientos, más ideas y juicios de los adecuados. La mente tiene un límite.

Sin que me lo pida le ayudo a

preparar los cafés. Saco la leche de la nevera y el azúcar del mueble que está encima del microondas. Parece mentira que haga más de un año que no piso este apartamento, porque de algún modo retorcido sigo sintiéndome en casa. Cuando voy a coger las cucharillas, mi mano roza la suya en el tirador de aluminio y Sara se aparta como si el contacto doliese.

En parte, sí que duele.

Duele de un modo triste.

—Ya las cojo yo —dice y me muevo a un lado al tiempo que ella saca las dos cucharas. Sin molestarse en preguntarme cómo tomo el café, echa dos de azúcar en el mío y después me lo tiende.

Le doy un sorbo y señalo su camiseta con la cabeza. Es blanca y en

el pecho tiene un dibujo de Heisenberg, el nombre que adoptó el protagonista de *Breaking Bad*. Cuando estábamos juntos, solíamos ver series a todas horas, sobre todo los fines de semana. Y esta era una de nuestras preferidas.

—¿Te gustó el final? —pregunto.

Sara baja la mirada hacia su propio torso y luego el reflejo de una sonrisa le curva los labios.

—Sí, me encantó. Pensé en ti.

—Yo también. —Es verdad, lo hice.

Me pregunté durante los cuarenta minutos que duró el capítulo qué le estaría pareciendo a ella, si se había emocionado, si había llorado, si se acordaría de lo genial que eran las noches de cine y palomitas, uno junto al otro sentados en el sofá, con sus piernas sobre mi regazo...

A veces me sorprende darme cuenta de que los detalles aparentemente tontos de la vida diaria son los que más tiempo han perdurado en mi memoria. No recuerdo grandes declaraciones de amor, no recuerdo las discusiones estúpidas, esas en las que ninguno de los dos tenía la razón; pero sí me acuerdo del olor a vainilla de su pelo cuando acababa de salir de la ducha, de lo

divertido que era hacer la cena con ella al lado, de los sábados que nos íbamos los dos solos a tomar una copa y no parábamos de hablar y de reírnos de quién sabe qué.

Darí­a cualquier cosa por poder recuperar uno de esos pequeños — grandes— momentos junto a Sara.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Sigue en alza? —se termina de un trago el café y

deja el vaso de cristal en la pila.

—Bien, bueno, aburrido.

—¿Aburrido? —me mira con los ojos entornados e inclina a un lado la cabeza con curiosidad—. ¿Desde cuándo te lo parece? Siempre te ha encantado.

Me encojo de hombros. No vale la pena explicarle que, a veces, si algo se rompe se lleva tras de sí todo lo demás.

¿No es eso lo que ocurre cuando tiras la primera ficha del dominó, la primera carta del castillo de naipes...? El resto se derrumba. No puede sostenerse solo.

—¿Y tú cómo lo llevas? —
pregunto.

—Tirando, ya sabes. Tengo algunos proyectos pendientes.

—Sigues siendo la mejor.

—Nunca fui la mejor.

—Para mí, sí.

Si alguien no sabía apreciar el trabajo de Sara, la delicadeza de cada una de sus fotografías, era porque no entendía de sensibilidad, de matices. Se lo dije el primer día que la conocí en aquella exposición. Cuando me giré y encontré sus ojos curiosos en medio de todos los estudiantes, tuve claro que esa chica que vestía pantalones negros

ajustados y zapatillas deportivas era la autora de la imagen. ¿Quién si no? Desprendía un toque peculiar, complejo, un entramado de estimulantes contradicciones que yo deseé conocer.

Dejo de devorarla con la mirada en cuanto se escucha el chasquido de la cerradura y la puerta del apartamento se abre.

10

Sara

Si pensaba que no podía estar más nerviosa, me equivocaba.

Sofía entra en casa con total normalidad, hablando a gritos, contándome no sé qué sobre un trabajo de filología... hasta que ve a Víctor en la cocina. Entonces, deja caer al suelo la

mochila y la carpeta que llevaba en la mano y corre hacia él. Le abraza. Y yo me aparto a un lado en silencio, dejándoles espacio.

Todavía sigo sin saber por qué he dejado que Víctor entre en el apartamento, por qué le he invitado a tomar un café y por qué permito ahora que siga aquí. Ya ha sido todo suficiente difícil como para remover de nuevo la

mierda... Siento que cada vez que avanzo un paso al frente, después doy dos hacia atrás.

—Eh, no llores, ¿qué pasa? —
escucho que le dice y ella sorbe por la nariz.

—Hacía tanto tiempo...

—Ya —suspira— Lo sé.

Les doy la espalda mientras hablan y me entretengo guardando los cubiertos

secos en el cajón correspondiente, los vasos limpios en la repisa del armario, los platos apilados por tamaños y colores...

—¿Puede quedarse a cenar, Sara?

—Deja caer la mano en mi hombro—.

Por favor.

Sé que le adora. Siempre lo ha hecho. Le conoce desde que era una niña y Víctor ha estado ahí cada vez que ella

le ha necesitado, cada vez que mamá la
presionaba más de la cuenta o
necesitaba algún tipo de referente
paterno que supliese la ausencia de
nuestro padre. Pero esto... esto es
demasiado...

—No creo que sea una buena
idea...

—¿Por qué no? —protesta.

—¿No tenías esta noche el

cumpleaños de María?

—Me da igual perdérmelo.

Víctor da un paso al frente.

—Haz caso a tu hermana —le dice y

luego me mira—. Tienes razón, será mejor que me marche ya.

Coge la cartera y las llaves que había dejado sobre la mesa de la cocina y se inclina para darle a Sofía un beso en la mejilla. Cuando se acerca a mí lo

hace con cierta indecisión. No me toca.
Ni siquiera un roce.

Sofía me dedica una mirada dolida antes de salir de la cocina y noto un incómodo nudo en la garganta. Víctor sigue frente a mí, inmóvil. La barba de un par de días le cubre las mejillas y solo pienso en hundir los dedos ahí y acariciar su piel, ascender por esa nariz aniñada que contrasta con las facciones

marcadas y masculinas de su rostro.

—Ya sabes que si en algún momento necesitas cualquier cosa...

—Patatas, quizá.

—¿Perdona?

—Si quisieses quedarte a cenar...

—digo, aunque he dejado de ser dueña de mis palabras—, necesitaría que comprases patatas. Ya sabes que no sé cocinar nada más.

Siempre fue mi plato estrella: patatas cortadas en finas rodajas hechas en el microondas y rociadas después con una salsa de cuatro quesos. Solía hacerlo los viernes o sábados. Los demás días de la semana, él se adueñaba de la cocina. Tengo un montón de fotografías de Víctor en esta estancia, de espaldas, inclinado sobre la repisa y concentrado en cortar con el cuchillo o

probar sabores y mezclas diferentes con las que sorprenderme.

Él tarda en responder y al final lo hace esbozando una sonrisa frágil. Se mueve a un lado y se acerca a la nevera, pero me mira antes de abrirla:

—¿Puedo echar un vistazo?

—Sí, claro, adelante.

Lo veo analizar el interior con gesto pensativo.

—Hay suficientes ingredientes para hacer algo decente. Pero si lo prefieres bajo en un momento y compro patatas. Tú elijas, Sara.

Pronuncia la palabra «elegir» de un modo raro e intenso que me hace sentir incómoda. No sé si se refiere solo a las dichas patatas o a algo más, a mucho más. Quizá a todo. Niego con la cabeza y me digo que empiezo a delirar.

—Sabes que confío en tus dotes culinarias —hago un esfuerzo y consigo sonreírle, aunque noto los labios tirantes —. Voy a avisar a Sofía, ahora vuelvo.

Mi hermana se ha metido en el cuarto de baño y la estantería bajo el espejo está repleta de productos de maquillaje que, por lo que veo, ya ha terminado de usar. Ahora está planchándose el pelo con gesto de

concentración.

—Deja de arreglarte, enana —le digo mientras, de paso, empiezo a meter en el neceser todas las cosas que son mías—. Víctor se queda a cenar.

Lejos de inmutarse, me sonrío a través del espejo. Lleva los labios pintados de un llamativo rojo cereza; está guapísima.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabes?

—Os he oído.

—¿Entonces qué estás haciendo?

—¡Sabes que tengo el cumpleaños

de María! —exclama y luego me mira malévola y me arrebatada de las manos el brillo de labios—. Así podréis estar los dos solos.

Me contengo para no gritarle que esto no es un puto juego, que no puede

comportarse conmigo como lo hace con sus amigas que, lejos de parecer adultas, todavía se comportan como adolescentes con más tontería de lo ridículamente aceptable. Y, mierda, debería haberlo imaginado. La conozco. En el fondo, muy en el fondo, sé que nunca me ha entendido como yo la hubiese entendido a ella.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Por ti. Y por él —se cuelga el bolso del hombro y baja el tono de voz hasta hablar en susurros—. ¿Es que no ves cómo está? Ni siquiera se parece a su peor versión. Después de tantos años, después de lo que habéis sido el uno con el otro... ¿cómo puedes ser tan fría?

Parpadeo más de lo normal, procurando contener las lágrimas.

—Vete. Márchate.

Sofía resopla, indignada, pasa por mi lado con brusquedad, se despide de Víctor y un minuto después escucho la puerta principal del apartamento cerrarse.

Inspiro hondo, cierro los ojos y me preparo para volver a la cocina. Para volver a él.

11

Víctor

Estoy cortando la cebolla en trocitos diminutos cuando Sara vuelve a entrar en la cocina. Por como acaba de marcharse su hermana, sé que acaba de ocurrir algo e imagino de qué se trata. Aparto a un lado las rodajas de pimiento, tomate y aguacate, y me giro

mientras me seco las manos en un trapo de cocina de color azul con estampado de margaritas.

—Eh, no te preocupes —digo—, no estás obligada a hacer esto. Si quieres termino de hacer la cena y me marcho, ¿de acuerdo?

Sigue pareciendo indecisa cuando niega con la cabeza.

—No, no. Quédate.

—¿Estás segura?

—Sí —se acerca a mí dando el tema por zanjado y mira los ingredientes que hay sobre la encimera—. Dime qué necesitas que haga.

Durante los siguientes quince minutos, cocinamos juntos en silencio, uno al lado del otro. Le pido que haga las cosas más sencillas mientras salteo las verduras al punto y las aderezo con

diferentes especias. Su brazo roza el mío por accidente de vez en cuando. Quiero abrazarla. Me contengo. Rompo el silencio al pedirle que saque la masa de los tacos de la nevera. Cuando lo hace, aparto la vista de ella, intentando fingir que no me quedo absorto mirándola cada vez que se gira, cada vez que tengo la mínima oportunidad de hacerlo sin que lo sepa. Es como si

deseara retener cada gesto, cada palabra pronunciada por sus labios, este instante, el espejismo irreal en el que estamos sumergidos... porque sé que se romperá pronto.

Relleno los tacos precocinados con la mezcla de verduras que hemos hecho y los sirvo a temperatura templada en dos platos. Ella coge vasos y servilletas y, sin necesidad de aclararlo antes, los

dos nos dirigimos directamente al sofá. Porque eso era lo que hacíamos las noches de tacos. Algo fácil, algo sencillo que pudiésemos comer mientras hablábamos después de un día cansado o veíamos una película.

Sara encoje las piernas y se sienta al estilo indio entre los cojines, con el plato sobre el regazo; se remueve para alcanzar el mando a distancia y enciende

de la televisión. Le doy un mordisco a mi cena mientras ella hace zapping.

—No hacen nada interesante —
masculla.

—¿La has visto ya? —señalo con la cabeza la carátula de la película que todavía está sobre la mesa.

—No, la alquiló Sofía ayer —me mira dubitativa—. ¿La pongo?

—¿Por qué no?

Se levanta y camina descalza hasta el reproductor, mete el disco y vuelve a sentarse a mi lado. La noto moverse con incomodidad cuando su rodilla roza la mía sin querer. Está tan preciosa. Lleva el cabello despeinado y suelto y los mechones negros acarician la palidez de su rostro. Le da un bocado al taco cuando aparecen los títulos de crédito.

—¡Está buenísimo! En serio.

—Lo sé. Tengo boca.

—Qué capullo.

Pone los ojos en blanco y luego, como si fuese un milagro, se ríe.

Sara está riéndose. A mi lado.

Ahora.

Juro que hace más de un año que no la había visto reír. Parece una eternidad.

Ni siquiera recordaba el timbre exacto de su risa, esa sonoridad delicada y

vibrante que llena la habitación y me envuelve.

—¿Qué te hace tanta gracia? —
pregunto divertido.

—Shh, nos estamos perdiendo la película.

—Existe una función que se conoce como «rebobinar». Y ahora contéstame: ¿qué tengo que hacer para que vuelvas a reírte como antes? Porque haría

cualquier cosa por escuchar de nuevo ese sonido concreto.

Traga saliva con nerviosismo cuando me mira.

—V́ctor...

—Joder. Lo sé. Ya lo sé.

Respiro profundamente y me levanto. Dejo el plato en la mesa auxiliar del comedor con la mitad de la cena intacta y me llevo una mano a la

nuca, sin dejar de pensar... sin dejar de darle vueltas a ese odio que todavía entreveo en sus ojos. Acabo de verlo hace unos segundos. Es como si se le escapase. Como si no pudiese controlarlo. Y me siento como si me estuviese mirando en un espejo.

—Ni siquiera sé qué hago aquí.

—Yo no he dicho nada... —susurra.

Ya. Pero es que a veces, cuando una

mirada lo dice todo, las palabras están de más. Me palpo los bolsillos de los vaqueros y saco las llaves del coche.

—Debería irme.

Nos miramos en silencio.

—Puede que sí.

No sé muy bien cómo, le doy un beso suave en la comisura de los labios y noto un tirón en el estómago; el deseo reclamando más, un poco más... Pongo

distancia entre nosotros antes de que el impulso se apodere de mí y la noche se vuelva todavía más contradictoria y confusa.

Tiene los ojos acuosos cuando me giro y salgo del apartamento sin decir adiós. Bajo por las escaleras y golpeo una de las paredes con el puño cerrado. El frío de la noche es agradable, reconfortante en cierto modo.

Al subir al coche, me miro los nudillos ensangrentados y muevo torpemente los dedos. Soy imbécil. Soy un jodido cabrón. Soy la peor persona que existe.

Hubiese querido consolarla. De verdad que sí. Pero ahora mismo, ni siquiera puedo consolarme a mí mismo. Todavía no se han inventado palabras que puedan calmar el huracán que me

sacude por dentro. Constantemente. Sin descanso.

Le echo un vistazo al móvil antes de arrancar el coche. Anna ha llamado tres veces, probablemente preocupada por cómo he reaccionado después de ver a Sara esta mañana en esa cafetería. Parece mentira que tan solo haga unas horas de eso. Para mí es un mundo. Un antes y un después. Un todo.

12

Sara

No me sorprende ver a mi hermana sentada en la mesa de la cocina cuando me levanto. Está comiéndose una napolitana de chocolate y lleva puesta la ropa de la noche anterior porque, con total seguridad, aún no se ha acostado.

Ignoro su presencia y saco la leche

de la nevera. Todavía me duele que no sea capaz de ponerse en mi lugar, de respetar mis decisiones. Me acomodo al otro lado de la mesa y le echo un vistazo a la revista sobre fotografía que estaba al lado del frutero, paso las páginas haciendo todo el ruido que puedo. Tiendo a demostrar mi grado de enfado con diferentes niveles sonoros, lo admito.

—¡Vale, lo siento! —exclama alargando las vocales—. Lamento haberte tendido una encerrona, pero es que me sentí muy mal cuando lo vi con ese aspecto... Está muy cambiado. No parece él.

No levanto la vista de la revista mientras bebo un sorbo de leche.

—Sé que lo que hice no estuvo bien y que odias que me meta en tus asuntos

—prosigue—, ¡pero me muero de curiosidad por saber qué estaba haciendo aquí! ¿No piensas contármelo?

—Ehm, déjame pensarlo... —finjo que medito—. No, no tengo nada que contarte.

—Sabes que eres la típica hermana mayor huraña, ¿verdad?

—Y tú la pequeña entrometida.

—Es menos insultante.

—Acuéstate ya, ahora que estás a tiempo de no decir más tonterías.

Me arrebató la revista de las manos y la dejó a un lado de la mesa. A decir verdad, solemos discutir a menudo por cosas estúpidas que no tienen importancia, pero lo que hizo ayer... eso fue ir un paso más allá, comprometerme delante de Víctor. Y aunque Sofía no tenga la culpa, odio la forma en la que

se marchó al final, después de tantas palabras no dichas...

—Me lo encontré en una cafetería —digo.

No quiero pagar con mi hermana mis frustraciones. Soy consciente de todo lo que ha hecho por mí durante los últimos meses; si ella no hubiese estado tan pendiente... no sé, no sé qué hubiese sido capaz de hacer. Prefiero no

pensarlo.

—¿Y le invitaste a venir aquí? —

Sus dedos repiquetean rítmicamente contra la superficie de la mesa; lleva las uñas pintadas de un divertido color amarillo.

—No exactamente. Yo me fui de la cafetería de un modo un poco brusco...

—Ya te imagino, pff.

—... porque estaba con una chica

—concluyo y ella abre los ojos de golpe y se inclina hacia delante—. Pero gracias por juzgarme antes de tiempo.

—Te quiero tal como eres, pero reconoce que puedes ser muy antipática cuando te lo propones. Va, sigue contando, no pares.

—Poco más. Él vino aquí y me pidió que no volviese a irme de ese modo si algún día nos encontramos de

nuevo. Y entonces... bueno, entonces le invité a tomar café. Todavía no sé por qué. Fue una estupidez. Una gran estupidez —niego con la cabeza mientras me pongo en pie y dejo el vaso vacío en la repisa de la cocina—. No volveré a verlo. Ya está. Es mejor así. Ahora vete a dormir, enana. Son las ocho de la mañana.

Sofía se muerde el labio inferior y

la indecisión se refleja en sus ojos.

—¿Qué dirías si te dijese que vas a tener que verle otra vez?

—¿Por qué?

Coge la cartera marrón que hay tras el frutero de la mesa y me la tiende. Me quedo mirando el objeto durante un buen rato.

Mierda.

—La dejaría aquí al ponerse a hacer

la cena —dice, todavía algo culpable—.

Y supongo que luego no recordaría cogerla. No me digas que no piensas devolvérsela.

Suelto un bufido de fastidio y me aparto de la frente los mechones que han escapado de la coleta.

—¡Maldita sea!

—Tampoco es para tanto.

—Joder —cojo la cartera y evito

abrirla. Le doy a Sofía un beso en la cabeza—. Luego le llamaré. Tú vete a la cama.

—Vale. Si me necesitas...

—Todo está bien, tranquila —le sonrío.

Sale de la cocina llevando en la mano los zapatos de tacón y desaparece por el pasillo. Tengo suerte de tenerla en mi vida. Cualquier otra persona hubiese

huido, incapaz de aguantar mi constante mal humor, mi odio hacia el mundo en general.

Tres horas más tarde marco el número de teléfono de Víctor y espero pacientemente a que coja la llamada. No responde. Pruebo una segunda vez. Solo se oye silencio, seguido de una voz acongojada que apenas reconozco.

—¿Víctor? ¿Me oyes?

—Sara...

—Sí —camino a un lado y otro del

comedor, incapaz de permanecer quieta

—. Siento molestarte, pero te llamaba

porque ayer te dejaste en casa la cartera.

Es sábado y he pensado que quizá te

vendría bien pasar a recogerla esta tarde

o... cuando puedas.

Más silencio.

—Da igual, solo... tálala... o haz lo que quieras. Siempre... Siempre lo haces al final, de todos modos...

Está borracho.

Si Víctor no fuese la persona que mejor conozco en el mundo, podría haber pensado que simplemente acaba de levantarse o tiene un día de perros, pero no. Es más que evidente que ha bebido. Mucho. Demasiado.

—Es eso, ¿no? Lo tiras... todo.

Como si nunca... como si nunca hubiese existido nada entre nosotros... y yo... yo...

Expulso el aire entre dientes y clavo la mirada en el cristal de la ventana. Observo los pájaros que surcan el aire, el cielo encapotado, gris, triste.

—No te muevas. Voy para allá — digo finalmente.

Estoy temblando cuando cuelgo el teléfono. Sé dónde vive, sé a qué edificio se mudó cuando le pedí que se fuese de aquí, pero nunca he estado allí y me altera su presencia tan constante durante estos últimos días.

No me doy margen a mí misma para seguir pensando y dándole vueltas a lo mismo, porque si lo hago terminaré por no ir. Me visto todo lo rápido que

puedo, meto su cartera en el bolso todavía maldiciendo por lo bajo y salgo de casa.

Víctor reside ahora a las afueras de la ciudad en un barrio tranquilo, con apenas ruido, nuevo. Todo lo contrario al ajetreo constante que hay en el centro. La finca es de un color azul más claro y apagado que el habitual cielo de Valencia, con balcones pequeños y casi

todos ellos están vacíos a excepción de los del piso siete que albergan un montón de plantas de diferentes especies.

Tengo que llamar al timbre cuatro veces para conseguir que me abra.

En cuanto salgo del ascensor, advierto que ha dejado la puerta abierta pero no está allí esperándome. Entro en su apartamento y me estremezco ante la

fría e impersonal decoración. Apenas hay nada más allá de lo básico y no se debe a que tenga problemas económicos, eso seguro. Paso de largo el comedor, donde tan solo hay un sofá blanco y una televisión de plasma sobre un mueble bajo y lo encuentro en la cocina.

Mantiene la cadera apoyada en la lavadora mientras se rellena otro vaso. Antes de que pueda llevárselo a los

labios, se lo quito de las manos y tiro el líquido ambarino por el desagüe. Me mira con indiferencia.

—¿Qué estás haciendo, Víctor?

—¿Importa?

—Claro que sí.

—¿A quién?

—A mí me importa.

Se ríe sin ningún tipo de humor.

Tiene los ojos vidriosos y el azul

que antaño era vivo y vibrante ahora es opaco y taciturno. Se tambalea a un lado cuando se mueve con torpeza y lo sujeto antes de darme cuenta de que es una de las primeras veces que nos tocamos desde lo que parece una eternidad.

—Es la una del mediodía de un sábado cualquiera y estás borracho, ¿crees que es normal? He pasado por esto. Necesitas ayuda.

—Necesito que esto acabe ya... —

murmura con la mirada perdida.

—¿Qué acabe qué?

—Todo. Joder. Todo. Odio esta

mierda.

Le cojo del brazo y aguanto la sensación estremecedora que me embarga cada vez que lo toco. No puedo dejarle así. A pesar de todo... no puedo. Sigue siendo Víctor, de algún modo.

13

Víctor

Me dejo caer en el sofá y ahogo un quejido. Sara se sienta a mi lado y se gira hacia mí, me coge de la mano y le echa un vistazo a los nudillos todavía ensangrentados de la noche anterior. No sé qué he hecho exactamente desde entonces. Beber, volverme a dormir,

beber, dormir de nuevo...

—¿Qué coño haces aquí?

—Te lo he dicho. Te dejaste la cartera.

—Ya, eso.

—Voy a curarte.

—No, no es necesario.

Aparto la mano con brusquedad y después permanecemos un buen rato en silencio, ella mirándome a mí, yo con la

vista fija en la pantalla negra y apagada del televisor.

—¿Guardas desinfectante en el baño?

Cierro los ojos.

—¡Te he dicho que no quiero nada!
—suspiro hondo—. ¿Por qué sigues aquí? Vete y ya está. Volvamos a fingir que no nos conocemos y toda esa mierda que a ti te hace feliz. No me importa. Ya

no me importa nada, ¿es que no lo ves?

—Veo a alguien que no conozco.

—Bienvenida a nuestra realidad.

—¿Qué quieres decir? —traga

saliva y me fijo en el movimiento de su deliciosa garganta.

—Déjalo. Da igual.

Me concentro en el suelo de madera clara cuando ella se pone en pie y desaparece del comedor. Por un

momento pienso que se ha marchado, incapaz de soportar la situación, pero aparece unos minutos después con un par de gasas y agua oxigenada. Resoplo por lo bajo, pero permito que lleve mi mano a su regazo y empape los algodones para restregarlos después por la herida con cuidado. Quita los restos de sangre y mi respiración se torna cada vez más acelerada; ella no es consciente

de que me derrite con cada caricia.

Cuando termina, deja la caja de primeros auxilios sobre la mesa del comedor.

—¿Mejor?

—Supongo que sí. Gracias —
flexiono los dedos despacio y luego la miro—. Siento la forma en la que me fui anoche. Solo... vi algo en tus ojos que me marcó, pero no debería haber

reaccionado así. No quise joder esa especie de tregua...

—Tú y yo no estamos en guerra, Víctor.

—No, porque ambos hemos perdido. Tienes razón.

—No es por eso y lo sabes —coge aire y entonces se inclina y sus dedos acarician mi mejilla tan suavemente que al principio dudo que esté ocurriendo en

realidad—. Me duele verte así. Yo no quería esto para ti, nunca lo quise. Si dejas que te ayude...

—Es imposible que puedas ayudarme.

—Déjame intentarlo.

Veo la súplica en sus ojos y aún siento la yema de sus dedos sobre mi piel, quemándome en cada punto que nuestros cuerpos se tocan. Es un

misterio el deseo y la vida que ella siempre ha conseguido despertar en mí.

Desde el primer día. Hasta el último.

—No servirá de nada.

—Conozco a alguien que me ayudó hace unos meses —dice—. Por favor...

—No lo sé —me frotó la frente con el dorso de la mano, confuso y abrumado por su presencia y el alcohol que todavía me aturde. Ni siquiera soy

dueño de las palabras que pronuncio a continuación—: ¿Puedo pedirte algo a cambio?

Duda, dejando caer los brazos a ambos lados del cuerpo, todavía sentada con las piernas cruzadas en el sofá.

—Dime.

—Deja que te bese.

—Víctor, eso... eso no es algo

que...

Pero antes de que pueda decir nada más, mis labios atrapan los suyos. La beso con desesperación, con rabia y anhelo, todo a un mismo tiempo. Alejo la confusión de mi mente y solo puedo concentrarme en el tacto suave de su boca, en la perfección con la que mi mano encaja en su mejilla, sosteniéndola con ligereza.

Sara entreabre los labios y su

lengua encuentra la mía; se enredan en una sola, se acarician con lentitud y yo saboreo el esperado reencuentro. Su boca es dulce y tan adictiva como siempre. Es como estar en casa de nuevo. Introduzco una mano bajo su camiseta y recorro la espalda desnuda con la yema de los dedos, trazando un camino sinuoso hasta llegar a su nuca.

Escucho su respiración más agitada

cuando deslizo la otra mano bajo sus pantalones. Desabrocho el botón de los vaqueros de un tirón; solo puedo pensar en sentir su deseo húmedo en mis dedos, en ella y su calor y la forma en la que consigue romperme en mil pedazos solo con su mera presencia. Se remueve entre mis brazos cuando acaricio el punto exacto de su sexo con la punta de los dedos y presiona su boca contra la mía

para ahogar un gemido. Froto más rápido, más intensamente... sé que está a punto de correrse.

—Cariño... —muerdo la deliciosa curva de su barbilla—. Joder. Ojalá pudieses hacerte una idea de cuánto te quiero —susurro.

Y entonces entreabre los ojos en medio de la neblina de placer y, temblando, me empuja con suavidad por

los hombros y se aparta hacia atrás. Saco la mano de sus bragas. Ella es incapaz de ver las heridas que abre con cada gesto, cada mirada, cada silencio.

—No podemos hacer esto. Lo entiendes, ¿verdad? —dice con voz suplicante—. Es mejor parar ahora. Es mejor.

—Vale.

No digo nada más. Me pongo en pie

y suspiro hondo. Antes de que pueda salir del comedor, la voz de Sara inunda la estancia.

—Pero dejarás que te ayude. Me has besado —musita.

La miro por encima del hombro.

—Supongo que sí.

Voy a la cocina y apoyo los brazos sobre la repisa de la ventana. Entrecierro los ojos ante el reflejo del

sol; es uno de esos días más luminosos de lo normal a causa de la lluvia que caerá en unas horas. Escucho el sonido de la puerta del apartamento cerrarse y, apenas un minuto después, la veo salir del portal y caminar por la acera de la calle con esas zancadas cortas pero precisas que la caracterizan.

Dejo de observar el tráfico y a los peatones en cuanto pierdo de vista a

Sara. Corro las cortinas blancas y después saco de la despensa y de la nevera todas las botellas de alcohol y vacío el contenido de cada una de ellas por el desagüe de la pila.

Cuando termino, vuelvo a meterme en la cama.

14

Sara

Llevo toda la semana recreando cada instante que pasé en el apartamento de Víctor. Para mi desgracia, no he olvidado ni un solo detalle; tengo grabado en la memoria el anhelo de sus ojos claros, la desesperación de su voz ronca, esa forma tan delicada y familiar

de tocarme...

Suspiro hondo e intento concentrarme en las fotografías que he dejado desperdigadas sobre la mesa del comedor. Se supone que debo elegir cinco, pero a pesar de tener más de una treintena no me encuentro a mí misma en casi ninguna de ellas. Es como si otra persona hubiese hecho las instantáneas. Yo no soy tan brusca, no uso la luz del

sol con tan poca sutileza... Pero es evidente que son obra mía, o de una parte de mi alma que desconozco, así que selecciono las que me parecen menos malas y las guardo en el porfolio que le entregaré al cliente el próximo lunes.

El apartamento está sumido en un completo silencio. Mamá ha llamado antes para preguntarme si pensaba que la

pamela naranja conjuntaría con el vestido color ocre que piensa ponerse para la boda de la prima Clara. «Me importa una mierda», he contestado. Porque es la verdad. No pienso ir a esa boda y me da absolutamente igual lo que mi madre se ponga para asistir al evento. Ella ha refunfuñado por lo bajo, después de repetir la misma cantinela que de costumbre, y ha colgado sin

despedirse.

Sofía está pasando el fin de semana en Alicante con unas amigas.

Son apenas las ocho y media de la tarde cuando saco de la nevera un paquete de lasaña de verduras precocinada. Clavo repetidas veces un tenedor en el plástico que la recubre con más rabia de lo aconsejable y la meto en el microondas. Permanezco de pie

viendo al plato girar en el interior.
Tampoco tengo nada mejor que hacer.

El móvil vibra cuando me llega un mensaje.

Es Víctor.

Hace exactamente siete días que no sé nada de él, desde que le llamé tras huir y llegar a la seguridad de mi apartamento para darle la dirección y el número de mi psicólogo. Cojo aire. Solo

ver su nombre en la pantalla ya provoca que se me disparen las pulsaciones; por eso es un error tan grande dejar de entre que nuevo en mi vida. No puedo. No.

*De Víctor para Sara, a las
20:38pm.*

*Hoy he ido a la segunda sesión.
Tenías razón. Gracias por todo, una vez
más...*

Lo leo tontamente tres veces, como si no pudiese entender a la primera algo tan simple. No estaba segura de que fuese a seguir mi consejo y dejarse ayudar. Sonrío y pulso el botón de responder mientras la lasaña sigue dando vueltas en el microondas.

De Sara para Víctor, a las

20:41pm.

No sabes cuánto me alegro por ti.

En serio. Cuídate y no dejes de ir.

De Víctor para Sara, a las

20:43pm.

No lo haré. Te lo prometo.

¿Qué estás haciendo ahora?

Me muerdo el labio inferior y me

siento en la silla de la cocina sin soltar el móvil. Comienzo a teclear de nuevo.

De Sara para Víctor, a las 20:44pm.

¿La verdad? Estoy haciéndome la cena. Lasaña. Nada interesante.

De Víctor para Sara, a las 20:46pm.

Tú siempre eres interesante.

Incluso “haciendo” lasaña (sé que es precocinada). Qué aproveche. Buenas noches...

Sonrío como una imbécil y solo el pitido del microondas consigue hacerme despertar de mi letargo. Suelto el móvil como si quemase y saco la cena. No me molesto en volcar el contenido en un

plato, me limito a coger un tenedor y comer en silencio.

A veces el tiempo pasa despacio.

Muy despacio.

A veces me acuesto temprano para restarle horas al día.

A veces, solo a veces, me pregunto si cometí un error con Víctor...

Víctor

—¿Un psicólogo?

Anna me mira con interés. No dejo de preguntarme cómo consigue llevar al día todas sus tareas y pasar la mayor parte del tiempo de su jornada laboral en mi despacho.

—Sí. Fui al principio pero, no sé,

era diferente; lo dejé enseguida. Esta vez me lo estoy tomando de otro modo...

—No me lo habías dicho hasta ahora. Es una buena idea —ladea la cabeza sin dejar de mirarme—. Te veo mejor. Tienes menos ojeras.

—Pues duermo igual de mal.

Mira la pantalla de mi ordenador y señala el logotipo de la empresa que

acaba de contratarnos antes de partirse de risa. Es un círculo fino y en el interior hay un elefante azul con una trompa larga que escapa de la esfera.

—En serio, ¿no se les ocurrió nada más cutre?

—Parece ser que no... —murmullo por lo bajo y tuerzo el gesto.

—Dime una cosa: si volviesses a nacer, ¿te dedicarías de nuevo al

marketing y el asesoramiento? ¿Nunca te ha gustado ninguna otra cosa?

No la miro. Sigo trabajando. Sigo mirando el elefante.

—Me dedicaría simplemente a vivir.

—Sería una buena respuesta si fuésemos incivilizados y no existiese la palabra «factura». Ahora en serio, contéstame.

—No era una broma, Anna. Me daría igual mi trabajo, no me importaría ejercer cualquier profesión. Lo que fuese, siempre y cuando fuese consciente de lo que tengo en cada momento y supiese apreciarlo —le sonrió—. A propósito, tómate la libertad de verlo como un consejo. Es gratis.

Balancea las piernas levemente.

—Ya que lo dices... en realidad

tengo algunas dudas. Muchas.

Al final consigue que deje a un lado lo que estoy haciendo y le preste toda mi atención. Cruzo las manos sobre la mesa.

—¿Qué clase de dudas?

—Llevo un tiempo pensando en dejar este trabajo.

—¿Perdona?

—Y abrir con la herencia que me

dejó mi padre una tienda de muebles y objetos *vintage*. Es una locura, ¿verdad? Tal como están las cosas... y yo pensando en mis chorradas. Lo sé. Es solo que me encanta. Lo hago siempre que puedo, buscar cosas antiguas que restaurar e intentar darles una segunda vida para...

—No es una locura —interrumpo—.

Hazlo. No lo pienses más. Si al final no

funciona y necesitas mi ayuda o quieres volver a este trabajo... ya sabes dónde encontrarme.

Vuelvo a fijar la vista en la pantalla del ordenador. Odio los momentos sentimentales. Y, joder, lo último que quiero es que Anna se marche de esta oficina. Es la única persona del edificio con la que me siento lo suficientemente cómodo como para no molestarme en

fingir. Pero si va a ser feliz...

En eso consiste al final la vida, ¿no?

En ser felices. Nada más. Nada menos...

—¿Lo dices completamente en serio?

—Sabes que sí. Recuerda avisar con quince días de antelación.

Se ríe mientras se pone en pie.

—Si al final me marchó...
¿seguiremos viéndonos? —pregunta de

pronto—. Ya sabes, aunque parezca imposible te he cogido cariño. Marcas la diferencia. Eres la persona más odiosa que he conocido en mi vida — vuelve a reír.

La miro serio.

—No lo creo, Anna. Pero te deseo lo mejor —respondo con sinceridad y miro mi reloj—. Ya deberías haber salido de la oficina, son las seis de la

tarde de un viernes.

—Lo sé. Ya me marcho.

Me levanto tras descubrir la hora que es, pero antes de que pueda coger de la mesa el móvil y las llaves, Anna se acerca y me abraza. Un abrazo suave y cálido. Permanezco inmóvil. No sé cuánto tiempo hace que nadie me abraza, pero había olvidado que es extrañamente reconfortante. Se aparta de

mí poco después.

—¿Sabes? Lo he pensado mejor. Puede que sí quedemos alguna vez a tomar algo y ponernos al día —me meto las cosas en los bolsillos con gesto distraído y apago el ordenador—. Tengo que irme ya, llego tarde. Pasa un buen fin de semana.

En cuanto salgo de la oficina pongo rumbo a la consulta del psicólogo. Llevo

tres semanas asistiendo. O lo que es lo mismo, hace tres semanas que vi a Sara por última vez y a cada minuto que pasa siento que la necesito más y más. No importa que estemos divorciados, que haya cosas que no puedan arreglarse... sigo sin imaginar el resto de mi vida sin ella, sin nada.

Estaciono cerca de la playa de la Malvarrosa, pero me alejo de la brisa

del mar en cuanto me interno entre los edificios cercanos. Ya en la consulta, me acomodo en uno de los sillones beige con reposabrazos e intento relajarme antes de que ese hombre de aspecto enjuto pero vivaz empiece a hurgar en mi cabeza, en mi pasado y mi presente. No sé cómo está abriendo poco a poco todas esas puertas que di por cerradas, pero lo consigue. Quizá porque, en el

fondo, yo quiero que lo haga.

Vuelve a asegurarme que estoy haciendo un buen trabajo antes de que salga de allí.

Apenas he dado un par de pasos cuando la veo.

Sara está en la sala de espera, sentada con las piernas cruzadas y la mirada clavada en el libro que sostiene entre las manos. Parece pensativa,

ausente. Me gusta cuando se pierde en sí misma y su rostro refleja las complejidades que encuentra en su propia mente.

—¿Qué lees?

Parece sorprendida cuando paro frente a ella y me ve.

—Víctor —se pone un pie y me da un beso en la mejilla. No en las dos, solo en una. Más íntimo, más personal.

Respiro hondo cuando se aparta—.

Tienes buen aspecto.

—¿Sigues viniendo? Creí que habías terminado el tratamiento.

—No, en realidad tengo cita ahora...

Nos miramos en silencio. Por primera vez en mucho tiempo, no es un silencio incómodo, tan solo curioso, esperanzador, como si los dos

estuviésemos esperando algo que no llega.

—¿Tienes algo que hacer luego?

Niega con la cabeza

—Podríamos dar un paseo.

—Podríamos —se lleva un mechón de cabello tras la oreja—. Pero tengo la consulta...

—Puedo esperarte. No me importa.

—¿Estás seguro? —frunce el ceño.

—Como nunca.

—Vale. Intentaré que no se alargue más de lo previsto.

Sonríe tímidamente y agita la mano en un gesto casi inconsciente antes de recorrer el pasillo e internarse en la última puerta.

Bajo por las escaleras del edificio y salgo al exterior. Son las ocho de la tarde y empieza a atardecer, el cielo

arrebolado se extiende más allá del horizonte. Contemplo las nubes rojizas y expulso el aire que he estado conteniendo. Si me dejo llevar por mis impulsos... ni me dejo llevar siempre vuelvo a ella.

16

Sara

Salgo de la consulta con algo parecido a ilusión retumbando en mi pecho. No, no es eso en realidad. Hace tiempo que dejé de tener anhelos. Pero resulta raro no irme directamente a casa un viernes por la noche para quedarme horas y horas dándole vueltas a lo

mismo, preguntándome «qué hubiese pasado si...», pensando en todas las alternativas posibles.

Tal como prometió, Víctor está esperándome. Tiene la espalda apoyada en la pared de ladrillos del edificio y ha debido de ir al coche para cambiarse de ropa, porque en lugar de la camisa y la corbata aflojada que usa para trabajar, ahora lleva una camiseta blanca y lisa.

Ni siquiera soy consciente de que le estoy sonriendo hasta que él me mira de un modo significativo, como si no lograra captar mi actitud. Es lógico, porque ni siquiera yo misma sé que estoy haciendo, ni qué siento, ni qué nada... todo es tan confuso... un montón de ideas enmarañadas que he dejado de controlar y ordenar.

—¿Nos vamos?

—Claro.

Caminamos juntos y en silencio hasta el paseo de la playa. La brisa es cálida y agradable y arrastra tras de sí ese aroma salino a mar que adoro desde que era solo una niña. Víctor permanece pensativo mientras contempla el lugar: los puestos hippies de venta ambulante y la gente que ríe y habla en un tono excesivamente alto. Siempre me gustó

de él que no gritase, que hablase de un modo casi susurrante, suave, incluso a pesar de tener una voz un poco ronca.

—¿En qué estás pensando? —
pregunto.

Me mira distraído.

—En nada.

—Vamos, dímelo.

—En el atardecer. Siempre me trae recuerdos de cuando estuvimos en Ibiza

—esboza una sonrisa ladeada que se esfuma tan rápido como aparece—. Hacía mucho tiempo que no me paraba a ver cómo el sol desciende... —se frota el mentón con la palma de la mano, aún reflexivo.

Pasamos dos meses increíbles en la isla. Yo tenía veintitrés años y acababa de recibir mi primer encargo importante: unas instantáneas para un hotel que

estaba a punto de inaugurarse y que se difundirían a nivel internacional, junto a otras fotografías del entorno y las calas más próximas. Víctor todavía estaba en trámites para abrir su empresa y decidió acompañarme.

Fueron días de dejarnos llevar, de plantearnos tan solo quiénes queríamos ser en ese preciso instante. Sin pasado. Sin futuro. Solo presente. Alquilamos

una motocicleta con la que íbamos a todas partes, recorrimos las playas más conocidas y encontramos rincones perdidos. Comíamos a cualquier hora y a menudo perdíamos la noción del tiempo y nos acostábamos cuando salía el sol, después de pasar horas y horas charlando de quién sabe qué. Al despertar, tenía la costumbre de bajar a la calle con el café con leche en la mano

para darles las sobras de la cena anterior a los gatos que vivían bajo el apartamento que teníamos alquilado. Y pasado un rato, Víctor se asomaba al balcón y se quedaba allí fumándose un cigarro (porque por aquel entonces fumaba), y mirándome sonriente hasta que apagaba la colilla y me pedía que subiese de una vez para dar comienzo a un nuevo día.

—Lo recuerdo. Todas las tardes veíamos el atardecer... —murmullo tras unos instantes de silencio—. ¿Quieres que lo hagamos ahora?

—Siempre quiero contigo.

Pongo los ojos en blanco mientras nos desviamos hacia la derecha del paseo de la Malvarrosa y saltamos el muro bajo que delimita la zona de la playa. Me quito las sandalias y hundo

los pies en la calidez de la arena.

—¿Por qué has puesto esa cara? —

Víctor parece divertido.

—Porque la frase que acabas de decir no tiene sentido.

—«¿Siempre quiero contigo?» —

susurra—. ¿Qué es lo que no entiendes?

Le miro de reojo, sin dejar de caminar.

—¿Todo?

—Eso es. Ahí tienes la respuesta.

—¿Cómo?

—Siempre voy a quererlo todo

contigo. Cualquier cosa. Ya lo sabes.

Trago saliva al notar el nudo que me atenaza la garganta y en cuanto nos acercamos a la orilla de la playa meto el pie en el agua que trae consigo la última ola espumosa. Está tibia, perfecta.

Al girarme advierto que Víctor ya

se ha sentado sobre la arena y que me observa con atención, como si estuviese haciendo algo muy interesante. Regreso hacia él. La brisa marina sacude su cabello negro y mantiene los ojos claros entrecerrados a causa del molesto reflejo del sol. Me siento a su lado. Le rozo con la rodilla. Me aparto un poco, incapaz de soportar tal proximidad. Sigo sin saber qué hago aquí, pero es

agradable, es... como si me envolviese una paz extraña que no sé descifrar.

No hablamos mientras el sol se esconde lentamente y arroja sobre el mar una luz iridiscente que crea un millar de destellos y brillos sobre el agua en calma. Apenas hay olas, solo una superficie lisa que se extiende hasta lo que parece un infinito.

Se dibujan las primeras estrellas en

el cielo cuando Víctor se pone en pie y se sacude con gesto tranquilo los restos de arena de los pantalones vaqueros. Me tiende de mano para ayudarme a levantarme y acepto la propuesta a pesar de vaticinar el vértigo que me invade en cuanto nos tocamos. Empiezo a acostumbrarme a esa sensación de inestabilidad, de estar al borde de un acantilado muy alto y peligroso.

Abandonamos paso a paso la zona de la costa.

—¿Vas a dejar que te lleve a casa?

—pregunta y sostiene las llaves en la mano.

—Sí, vale.

Subimos al coche. Víctor arranca y nos perdemos por las calles de la ciudad. Ya es completamente de noche y la luna, pálida y redonda, fulgura en lo

alto de la cúpula del cielo.

—¿Sabes qué han dejado de vender los quesitos que te gustaban?

—¿Cómo dices? —aparto la vista de la ventanilla y giro la cabeza hacia él.

—Los quesitos. Esos que siempre comprabas, los que tienen forma cuadrada y están especiados de cuatro formas diferentes...

—No lo dices en serio.

—Sí, joder —chasquea la lengua y frena frente a un semáforo el rojo—. Se lo pregunté a la dependienta la semana pasada y me comentó que ya no los tenían. Le dije de todo.

—Qué mierda —frunzo el ceño. Me encantan esos quesitos, hubiese comprado varias cajas de saber que iban a quitarlos de catálogo. Alzo la mirada

hacia él—. A ti nunca te han gustado, ¿por qué preguntaste por ellos?

Se encoje de hombros, reanuda la marcha y mueve el volante a la derecha.

—Curiosidad —expulsa el aire con lentitud tras unos instantes de silencio—. En realidad, admito que sigo fijándome en las cosas que compraba para ti cuando iba al supermercado. Por costumbre, supongo. Se me van los ojos

hacia el tofu, la leche de soja, el humus..., y tengo que recordarme a mí mismo que ya no debo coger nada de todo eso —se ríe sin humor—. Cuando no vi los quesitos, me extrañó y pregunté.

Siento como si unos dedos me estuviesen pellizcando el corazón en este preciso instante. De todas las cosas que Víctor podía decir, de todas...

ninguna me ha llegado tanto como algo tan básico, tan asentado en nuestro día a día, en el hecho de que él fuese una constante en mi vida...

Puedo entenderlo, porque a veces me ocurre lo mismo. Es difícil enterrar tantos años de convivencia. Quizá por eso sigo respetando el estante que él ocupaba en el baño y soy incapaz de llenar su mesita de noche, la de la

izquierda. No puedo. Igual que tampoco puedo usar la taza con la que él siempre desayunaba. Se la regalé hace cuatro años, cuando cumplió los veintiséis, y es de *Dexter*, blanca y con un par de salpicaduras de sangre aquí y allá.

—Ya hemos llegado.

No apaga el motor del coche cuando estaciona frente a mi casa. Le miro en la oscuridad, confusa y algo nostálgica.

—Lo he pasado bien —digo.

—Yo también.

—Entiendo... entiendo lo de las

costumbres —comento mientras retuerzo

el cinturón de seguridad entre los dedos

—. A mí también me pasa, a veces. Se

supone que desaparecerá algún día,

¿verdad?

Víctor tiene los ojos brillantes y no

aparta la mirada de mí.

—No lo sé, Sara. No estoy seguro.

Desabrocho el cinturón de

seguridad y me inclino hacia él. Le doy

un beso en la mejilla. Y luego otro, otro

más... y noto que se contiene hasta que

al final se gira y sus labios encuentran

los míos.

Víctor

Devoro su boca, incapaz de reprimir el anhelo que crea en mí. No sé en qué pensaba Sara cuando sus labios han acariciado mi mejilla una y otra vez, como una especie de súplica silenciosa... Lo único que sí sé es que si me busca, me encuentra. Siempre.

Sus manos se aferran a mis hombros mientras nos fundimos en un beso profundo y húmedo. Adoro la familiaridad de su sabor, del tacto aterciopelado de esta boca que he explorado tantas veces. No es nuevo, el beso no es nuevo. Y eso me encanta. Me pierde la seguridad, la certeza, lo vivido.

Pero no puedo. No así.

Tengo que luchar contra todos mis instintos para apartarme suavemente de ella. Cuando lo hago, apoyo mi frente en la suya y aún respiro agitado.

—¿Qué haces? ¿Por qué paras? —
sus ojos intentan encontrar en los míos una respuesta.

—No quiero que te arrepientas...
—susurro—. Sé que estás confusa. No eres tú misma.

Sara toma una bocanada de aire. La atmósfera dentro del coche es cada vez más íntima, más cerrada, como si estuviésemos totalmente aislados del resto del mundo; no soy consciente de los demás vehículos ni de los peatones que se mueven alrededor.

—Solo unas horas... —murmura al tiempo que alza la mano y la desliza por mi cuello. Tiene los ojos acuosos y no

sé qué hacer, no tengo ni idea de cómo demonios debería actuar—. Finjamos durante unas horas que seguimos siendo tú y yo.

—No me hace falta fingir.

—A mí sí.

—Lo sé.

Apoyo la cabeza en el asiento del coche y cierro los ojos. Noto sus manos delicadas moviéndose a mi alrededor,

acariciándome el rostro y delineando después el borde de mis labios con la punta de los dedos. Tan despacio... Tan sutil... Los beso. Beso sus dedos y la veo sonreír con tristeza. Sé que me necesita ahora, pero también sé que luego yo la necesitaré a ella... y no ocurrirá lo mismo. Sara no estará para mí.

Extiendo levemente los brazos y

ella se desliza del asiento contiguo y se sienta en mi regazo. Nos abrazamos en silencio durante lo que parece una eternidad. Siento su respiración caliente y dulce haciéndome cosquillas en el cuello; luego me da un beso justo debajo de la oreja y me susurra al oído:

—Vamos arriba.

—Sara, cariño...

—Me siento sola —la noto temblar

contra mi cuerpo—. Intento convencerme de que has dejado de existir pero de un modo u otro siempre terminas apareciendo de nuevo en mi vida. Cada vez que creo que te has ido, vuelves. Cada vez que pienso que puedo seguir sin ti, regresas como si quisieses demostrarme que no es así. Y no puedo, ya sabes que no, pero solo unas horas... solo eso.

Tardo un rato en quitar la llave del contacto.

—Vamos —digo.

Salimos del coche y en cuanto entramos en el portal del edificio volvemos a besarnos. Lo hacemos mientras esperamos el ascensor, cuando subimos después y al tiempo que ella intenta hacer girar la cerradura...

Todo está en silencio. Solo se

escuchan nuestras respiraciones
entrecortadas y el chocar de nuestros
labios que se buscan y se encuentran una
y otra vez, tengo el presentimiento de
que es imposible que en algún momento
tengamos suficiente, que estemos
saciados. Nunca podré llenarme
completamente de ella, porque cada día
Sara cambia, evoluciona, crece y yo
encuentro nuevas aristas que conocer,

más rincones por descubrir...

Alzo los brazos cuando intenta quitarme la camiseta y dejo que lo haga. Sus manos se mueven después por mi espalda y ascienden hasta posarse en los hombros e impulsarme más hacia ella. Le muerdo el labio inferior y oírla jadear me desequilibra. Gruño, pierdo el control, la aprisiono contra la pared del recibidor y tiro con fuerza del

vestido corto que lleva puesto hasta que consigo quitárselo. Sara responde bajándome los vaqueros y ambos nos quedamos en ropa interior.

La cojo en brazos y ella enreda sus piernas en mis caderas mientras camino hasta la habitación. La estancia está sumida en una penumbra tan solo rota por el grisáceo resplandor de la luna que se filtra por la ventana. La dejo caer

suavemente sobre las sábanas blancas y después desabrocho el sujetador de encaje negro que lleva puesto.

Estoy tumbado sobre ella e intento abarcar en mis manos sus pechos mientras respira entrecortadamente, sin apartar la mirada de mí. Me gusta eso. Que me mire. Que no se pierda ni un solo segundo. Es como si mentalmente estuviese haciendo un montón de

fotografías de este momento que más tarde revelará en su cabeza.

Sara se estremece bajo mi cuerpo cuando rozo uno de los pezones con la punta del dedo. Después lo atrapo con la boca y lo acaricio con los labios. Ella hunde una mano en mi cabello y se arquea hacia mí.

—Hazlo ya, Víctor. Ven.

Intenta darse la vuelta pero se lo

impido sujetándola suavemente contra el colchón. Le doy un beso profundo, llevándome un suspiro al separarme de ella.

—Espera. Todavía no.

Bajo por su cuerpo y le quito ropa interior. Luego beso la cara interna de sus muslos, la piel tersa de las ingles y el centro de su sexo. Sara tiembla. Y entonces deslizo la lengua entre los

pliegues húmedos y lamo sin prisa, saboreándola, arrancándole esos gemidos de placer que tanto he echado de menos. Chupo con más fuerza, moviendo la lengua a su alrededor hasta que siento su cuerpo sacudirse ante mis caricias y convulsionarse suavemente contra mi boca, deshaciéndose en el placer embriagador del orgasmo.

—Víctor —su mano acuna mi

mejilla mientras asciendo lentamente por su cuerpo.

Le muerdo la tripa, la piel sedosa alrededor del ombligo, marco con mi boca la curvatura de su cintura y la zona de las costillas antes de llegar de nuevo hasta sus pechos y dedicarles toda mi atención. Quiero estar dentro de ella ya. Pero al mismo tiempo es lo último que deseo. Porque sé que entonces todo

habrá acabado.

Cierro los ojos y apoyo mi frente sobre la suya cuando sus manos se pierden bajo el bóxer, antes de quitármelo, y acogen después mi erección. Sara me acaricia despacio, rodeándola con los dedos mientras sus caderas me buscan. Le alzo los brazos sobre la cabeza y los retengo allí al tiempo que me muevo hasta rozar su

entrada.

—No..., creo que no tengo preservativos —susurra de pronto, despertando del momento de sosiego. Parpadeo confundido. Ni siquiera recuerdo la última vez que lo hicimos con condón. Debió de ser hace un montón de años.

—Desde entonces, no ha habido nadie más —digo—. Te lo prometo.

Confía en mí.

—Yo tampoco... —me mira con
ojos vidriosos.

—Te creo —beso despacio sus
párpados.

Y después me hundo en ella
mientras contengo la respiración.
Permanezco quieto unos instantes,
deseando retener este momento, amando
la forma perfecta y retorcida en la que

nuestros cuerpos encajan entre ellos. Tan fácil. Tan lógico. La embisto despacio una y otra vez, saliendo y entrando de nuevo, estremeciéndome cada vez que la escucho gemir, cada vez que sus uñas se clavan en mi espalda y presionan mis hombros con fuerza pidiendo más. Sara está húmeda y caliente y hago un esfuerzo por mantener el control, por alargar el momento...

Solloza de pronto.

Y se me encoje el corazón al oírla llorar.

—Cariño...

—No, no pares, por favor... —
ruega.

Atrapo con los labios la lágrima que se desliza por su mejilla y vuelvo a besarla. No sé si seré capaz de dejar de hacerlo en algún momento, de romper el

contacto de nuestras bocas que se buscan, se tropiezan, se devoran con esa confianza que creía perdida. Sigo hundiéndome en ella cada vez más rápido, con más fuerza. Enloquezco en cuanto escucho el gemido entrecortado que escapa de sus labios.

—Sara, voy a correrme... —
murmuro jadeante—. Yo... no puedo...

Alza las caderas, buscándome y

acogiéndome más profundamente en su interior hasta que me derramo en ella en el mismo instante en el que su cuerpo deja de sacudirse y temblar contra el mío.

18

Sara

Permanecemos en silencio,
abrazados. Todavía está en mi interior.

En realidad siempre lo ha estado.

Yo no sabía qué era enamorarse
hasta que conocí a Víctor. Sabía de
atracción, de diversión, de
experimentar... pero no de amor. Nunca

creí que fuese posible que una persona consiguiese meterse en mi piel, en mi alma. Pero con él me ocurrió. Mientras estuvimos juntos siempre tuve la sensación de llevarle conmigo a todas partes; incluso cuando no estaba presente, yo lo sentía dentro de mí.

Igual que sigo sintiéndole ahora.

De un modo diferente, sí, pero sintiéndole...

Víctor comienza a moverse y yo lo abrazo con más fuerza, reteniéndole a mi lado. Él me besa en el cuello en el punto exacto en el que la arteria carótida palpita al compás de mi corazón. Cierro los ojos. Huele tan bien..., lleva usando desde que le conozco la misma colonia masculina y suave.

—¿Quieres que me vaya?

—Aún no.

—Vale —noto su respiración pausada y cálida en mi mejilla cuando se gira y me mira fijamente—. Sara, si pudieses entender de qué modo te siento...

—¿Entonces qué?

—Nada. Entonces nada.

—Dímelo.

—¿Para qué?

Aparta con delicadeza los mechones

de cabello que se escurren por mi rostro.

—No lo sé, pero dímelo.

—Simplemente... eres mi vida.

Antes de ti, era diferente, era otra persona. No tenía expectativas ni un rumbo concreto, no me conocía lo suficiente a mí mismo. Tú, tan oscura a veces, trajiste a mí la claridad y lo bueno y a pesar de todo no me

arrepiento. No puedo. Prefiero el dolor que implican todos nuestros recuerdos, antes que el vacío, que no tener nada. Porque sé que fuimos las personas más felices del mundo. Lo sé. Y si hace falta pasaré el resto de mi vida rememorándolo, porque no me queda nada más.

Siento las lágrimas caer de nuevo por mis mejillas, la humedad que se

escurre bajo mi barbilla, pero no hago nada por limpiarme. Dejo que Víctor las seque con los dedos, deslizando los pulgares sobre mi piel.

—Sabía que no tenía que contestar —sonríe sin mirarme. Es una sonrisa triste, rota.

—Siento ser como soy. No sabes cuánto. Lo siento mucho, Víctor.

—Shh. No hables, no digas más —

arrastra una última lágrima con el dorso de la mano—. ¿Tienes hambre? Voy a preparar algo para cenar.

—No es necesario...

—Tú quédate aquí.

Se pone los vaqueros y se levanta sin terminar de abrochárselos. Camina descalzo cuando sale y me quedo sola en esta habitación que antaño se me antojaba tan cálida y acogedora y ahora

resulta fría y gris.

Regresa apenas diez minutos después con un plato donde hay dos sándwiches vegetales. Me tiende uno y se sienta a un lado de la cama. Le veo masticar el primer bocado con gesto ausente aunque sus ojos claros se detienen de vez en cuando en mi cuerpo aún desnudo. Creo que no podría soportar que ninguna otra persona me

mirase de ese modo, sin nada que me envuelva, sin protección, con todas mis debilidades y miedos al descubierto. Pero con él no me importa. Dejo que me mire y me como el sándwich en silencio.

Cuando terminamos, me coge de la mano y tira de mí hasta que bajo de la cama. Camina con decisión hasta el cuarto del baño y enciende el grifo de la bañera para ponerla a llenar. Poco

después, estamos dentro. Yo entre sus piernas, abrazada por esos brazos que siempre me parecieron tan seguros, tan firmes... ahora ya no lo tengo tan claro, no confío a ciegas. Me pega a su pecho con cierta posesividad y respira sobre mi nuca mientras el agua sigue cayendo.

Ninguno de los dos dice nada cuando pasados unos minutos de calma me giro hacia él y subo sobre sus

piernas. Vuelve a hundirse en mí profundamente, pero esta vez soy yo la que marca el ritmo de las embestidas. Me muevo sobre él con lentitud, arrancándole un gruñido contenido, sin dejar de besar cada tramo de piel que encuentro; recorro con los labios el torso, los hombros, la clavícula y la marcada mandíbula hasta terminar mordiéndole los labios cuando ambos

nos sacudimos en un espasmo de placer.

Me dejo caer sobre su cuerpo, aferrándome a él, abrazándolo. El agua de la ducha cae sobre nosotros y, durante un instante, me viene a la cabeza una de mis canciones preferidas de Maná: «¿Quién detendrá la lluvia en mí? Se me ha inundado el corazón. ¿Quién detendrá la lluvia en mí? Oh, mi amor, solo tú puedes pararla. Sigue

lloviendo... le sigue lloviendo al corazón, dime qué diablos voy a hacer. Sigue lloviendo, le sigue lloviendo al corazón y en mis ojos no ha parado de llover. No te comprendo, no entiendo qué pasó, si te di todo, quizá te di de más...».

—Cariño —sus manos acunan mi rostro—. Te estás durmiendo.

—Uhm —intento incorporarme.

—Espera, te ayudo. Vamos.

Víctor se pone en pie y me apoyo en él para levantarme. El agua ya está fría. Quita el tapón de la bañera cuando salimos y me cubre con una toalla antes de acogerme entre sus brazos y llevarme de nuevo a la habitación. Saca de la mesilla de noche ropa interior y un pijama rosa que deja sobre la cama.

—Vístete —comenta, mientras él

empieza a buscar su ropa por el suelo del cuarto.

—¿Ya te vas? —pregunto.

—¿No es lo que quieres?

—Quédate —termino de subirme

las braguitas y me giro para mirarle.

Trago saliva con nerviosismo—.

Quédate a dormir.

—De acuerdo.

Se mete en la cama solo con el

bóxer y yo me tumbo a su lado. Al momento, todas nuestras extremidades están entrelazadas en una sola y nuestros rostros juntos. Escucho el latido de su corazón retumbando en el pecho cuando recuesto la cabeza en su cuerpo. Es un sonido intenso, poderoso. *Pum, pum, pum.* Ojalá pudiese grabarlo y escucharlo mil veces, porque no se me ocurre ninguna canción en el mundo que

pueda gustarme más. Es relajante. Es perfecto. *Pum, pum, pum...*

Víctor inclina la cabeza hacia abajo para besarme la punta de la nariz.

—Tranquila. Mañana, cuando despiertes, ya me habré ido.

Víctor

Escucho el goteo constante de la ducha del cuarto de baño. *Tic, tic, tic.* No he debido de cerrarla del todo bien. Miro el móvil que he dejado en la mesita de noche y advierto que son las cinco de la mañana. Permanezco un poco más entre las sábanas, con el

cuerpo cálido de Sara al lado, hasta que me hago a la idea de que ha llegado la hora de irme. Intento no hacer ruido mientras me incorporo y me pongo los vaqueros y la camiseta de manga corta.

Cuando voy a coger la cartera, el móvil y las llaves de la mesita, advierto que el cajón superior está ligeramente abierto y que dentro no se ve nada. Lo abro un poco más. El lugar en el que

antaño guardaba mis cosas, está ahora completamente vacío y yo no puedo evitar preguntarme por qué Sara no lo ha llenado con su ropa y sus mil potingues; recuerdo que siempre se quejaba de no tener suficiente espacio.

La miro una última vez y, al final, descarto darle un beso para no despertarla. Voy al cuarto del baño, cierro bien el grifo del agua y cuelgo la

toalla que antes hemos dejado en el suelo. Estoy a punto de enfilar el pasillo que conduce hasta el recibidor y la salida, cuando mis ojos se detienen sobre la puerta contigua.

Dejo de respirar durante unos segundos, justo cuando poso la mano en el pomo sin apenas ser consciente de qué es lo que estoy haciendo. Abro la puerta. Todo está sumido en la penumbra

y la más absoluta oscuridad.

Tanteo la pared hasta encontrar el interruptor de la luz y lo presiono con delicadeza. Todavía no he conseguido fijar la vista en un punto concreto cuando noto un vuelco brusco en el estómago que me corta la respiración.

Aferro con las manos el marco de la puerta, sujetándome, e intento coger aire. No sé si voy a ser capaz de

sostenerme en pie.

Todo está igual.

Los muñecos de peluche sobre la cama y la colcha azul repleta de globos de colores que él solía contar antes de que consiguiésemos que se durmiese. Los juguetes están apilados en cajas transparentes a un lado de la habitación y sobre el escritorio hay un montón de recuerdos, de cuentos que nunca pude

llegar a leerle y de lápices de colores con los que le encantaba garabatear sobre el papel; todos están tirados de cualquier modo, como si alguien... como si él... los hubiese dejado así antes de...

—¿Qué estás haciendo aquí? —
escucho la voz agitada de Sara a mi espalda, pero soy incapaz de moverme —. ¿Por qué lo haces? Víctor...

No puedo apartar los ojos del mural de corcho que cuelga de la pared y que su tía Sofía le hizo al cumplir los dos años. Se suponía que tenía que ser el primero de muchos, pero en realidad fue el último cumpleaños que celebramos juntos. De la punta superior de madera cuelga un lazo azul claro de raso y está repleto de fotografías hechas por Sara. Un montón de instantáneas que recogen

esos momentos felices que ahora parecen difusos y lejanos, como si no hubiesen sido reales.

Y Daniel sonríe en todas ellas.

Sonríe entre nosotros, tumbado en alfombra del comedor.

Sonríe abrazado a su madre, a Sara, con esa mirada tan alegre y traviesa.

Sonríe aferrado al peluche del elefante azul con el que iba a todas

partes...

Sonríe. Siempre, siempre sonrío.

No puedo creer que ya no esté. No puedo. Da igual el tiempo que pase. Me niego a aceptar que no volveré a abrazar su cuerpecito, a hacerle reír, a corretear tras él por toda la casa, a llevármelo a nuestra cama los sábados por la mañana cuando se despierte temprano, a besarle, a morderle los mofletes hasta hacerle

estallar en carcajadas, a cuidarle y enseñarle y... y...

Sara

Víctor rompe a llorar y soy incapaz de seguir enfadada con él por haber entrado aquí porque veo su dolor en todas partes, en sus ojos, en la forma en la que sus hombros se agitan cuando solloza y en el modo desesperado con el que intenta ocultarse de mí y esconder el

rostro entre sus manos.

—Tenemos que salir. Vamos.

Temblando, le cojo de la mano y tiro de él intentando hacerle entrar en razón, pero me ignora y se suelta y da un paso más adentrándose en la habitación de Daniel. Yo apenas he sido capaz de pisarla un par de veces desde hace más de un año.

—No, joder, no —se sienta en la

pequeña cama y me mira con los ojos enrojecidos y anegados de lágrimas—. Déjame aquí solo unos minutos —ruega—. Solo eso.

Estoy inmóvil, en el umbral de la puerta, sin saber qué hacer. Quizá debo entrar de una vez por todas. O quizá debo salir, porque es la única forma de mantenerme cuerda. Así ha sido hasta ahora. El corazón me late desenfrenado,

errático. Siento un dolor profundo y hondo en el pecho cuando Víctor coge del escritorio el trenecito de madera de colores con el que Daniel solía jugar todo el tiempo y lo mueve entre sus dedos y lo gira para verlo desde todos los ángulos de una forma tortuosa que no consigo entender...

No puedo.

Doy un paso atrás, salgo y cierro la

puerta con cuidado.

Me llevo una mano al cuello y alzo la cabeza intentando encontrar aire mientras me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo y quedarme allí, rota, con la mirada clavada en el techo blanco del pasillo.

Cada vez que escucho a Víctor llorar noto como si me estuviesen arrebatando la vida. Más, más vida

todavía de la que ya me han quitado. Lo poco que queda. Y puedo oírlo a través de la puerta cerrada como si estuviese ahí dentro.

Cierro los ojos y escondo la cabeza entre las rodillas. No sé cuánto tiempo permanezco así, pero parece que ha pasado una eternidad cuando Víctor sale de la habitación, se agacha frente a mí y me carga entre sus brazos con

delicadeza. No dice nada. No hace falta.

¿Qué va a decir? ¿Qué puede decir...?

Me deja en el sofá del comedor y ahueca un almohadón bajo mi cabeza. Va a la habitación para coger una sábana con la que me tapa instantes después. Sigue callado cuando se sienta a un lado del sofá y enciende las dos velas blancas que hay en la mesa del centro. Cuando se gira hacia mí, todavía tiene

los ojos húmedos. Se inclina y me da un beso suave en los labios.

—Lo siento... —me acaricia la cabeza con una mano—. Ojalá pudiese cambiarlo todo. Sabes que desearía haber muerto esa noche en su lugar..., desearía que todo hubiese sido diferente. Por vosotros hubiese hecho cualquier cosa —una lágrima silenciosa cae por su mejilla y la atrapo con los

dedos.

Hago un esfuerzo por tragar saliva y romper el nudo que me oprime la garganta.

—Ya no lo soporto más... —
susurro—. Da igual el tiempo que pase, nada mejora. Es mentira que el tiempo cure las heridas, ¿cómo va a curar algo así? ¿Cómo se supone que vamos a seguir adelante el resto de nuestras

vidas?

Víctor tarda unos instantes en responder. La luz titilante de las velas proyecta sombras en su rostro y refleja la desesperación y la angustia que hay en sus ojos.

—No sé cuál es la solución. No puedo hacer que el dolor desaparezca, no puedo. Lo único que sé es que juntos somos más fuertes. Solo me quedas tú,

Sara. Pero no me quieres a tu lado. Ya lo sé. Y lo entiendo. No quiero, pero... lo entiendo.

—Le veo a él cada vez que te miro...

Es cierto. Es como si reviviese una vez tras otra el momento en el que me lo arrebataron. Los recuerdos de nuestra vida juntos luchan y se entremezclan con la rabia, el dolor profundo y la

desolación; me cuesta desenredarlos, que no aturullen mi cabeza, que no se apoderen de mí y anulen a la razón.

Y tenía sus mismos ojos. Tan azules, tan vivaces, tan curiosos...

Odio mirarle. Odio todo aquello que representa y ya no está. También le quiero. De un modo sombrío, a veces.

Pero le quiero. Todas esas contradicciones me oprimen, me nublan

la mente y al final ganan la batalla.

—Pero eso no es malo. No lo es. No puedes ni debes evitar verle. Daniel es parte de ti, de mí, de nosotros. Lo será siempre. Bloqueando los recuerdos solo consigues hacerte más daño —me acaricia la mejilla con los nudillos—. Él está en mi cabeza cada mañana cuando me levanto, durante el día y al acostarme. Pienso en él a todas horas y

es cierto que duele, duele de un modo
inimaginable, pero es mejor que
ignorarle.

—Tú no lo entiendes —lloro,
pierdo el control—. Tú no entiendes...

—¿Quién podría entenderlo mejor
que yo? ¿Quién? —noto su aliento
cálido y dulce en mi rostro—. También
era mi hijo. Nuestro. Y no hay nadie en
el mundo a quien amase tanto. Ni

siquiera a ti, Sara. A nadie. Jamás había querido de un modo tan incondicional como quise a Daniel. Por eso sé cómo te sientes. Por eso sé que podemos ayudarnos el uno al otro. Me necesitas a tu lado. Y yo te necesito a ti. No sabes hasta qué punto.

—Deja de fingir que las cosas seguirán siendo igual.

—Sara, nadie ha dicho eso. En

realidad, todo será diferente. Pero si me diesen a elegir qué deseo para el resto de mi vida, lo único que tengo claro es que quiero que sea contigo. El cómo... eso no lo sé. Y supongo que no lo sabremos hasta que intentemos descubrirlo juntos.

Me tapo el rostro con las manos. No puedo seguir mirándole.

—Necesito estar sola.

—No hagas esto. Deja que me quede —ruega—. No quiero irme mientras estés así.

—Siempre estoy así, Víctor. Por favor, vete.

Lo veo dudar durante unos instantes, pero al final se pone en pie. Me giro y me acurruco sobre mí misma dándole la espalda hasta que escucho el sonido de la puerta principal al cerrarse. Dejo de

reprimir el sollozo que escapa de mi garganta y permito que las heridas se abran y sangren de nuevo.

Ni siquiera estoy segura de qué hora es cuando me levanto del sofá tambaleándome, con los ojos hinchados de llorar, y camino vacilante hasta la puerta de la habitación de Daniel. Ignoro de dónde saco el valor para abrirla, pero lo hago. Entro. No miro nada, no

me fijo en la cantidad de recuerdos que hay alrededor, tan solo avanzo hasta su pequeña cama y me dejo caer sobre la colcha azul de globos de colores.

Abrazo la almohada con fuerza y durante unos segundos me engaño a mí misma pensando que todo vuelve a ser como antes, que ellos están en mi vida, porque tengo el olor de Víctor todavía en la piel, el sabor de sus besos aún en

los labios... y el lugar donde estoy
tendida desprende un aroma a bebé, a
suavizante, a Daniel...

21

Víctor

Daniel nació el día 13 de febrero.

Hasta el mismo momento en el que vi su rostro sonrosado, no me imaginaba a mí mismo siendo padre. Nunca había sido algo que desease especialmente y, en el fondo, creo que Sara tampoco. Su llegada fue una especie de desliz. El

mejor desliz del mundo.

Eran tan diminuto... me daba pavor cogerlo, hacerle daño de algún modo, no saber manejarlo con tal facilidad como lo hacía la enfermera. Pero cuando ella lo dejó en mis brazos... no sé, simplemente encajaba en mí. De verdad que lo hacía. Y cuando bajé la mirada y nuestros ojos se encontraron, dejé de respirar. Tenía la carita arrugada, los

mofletes más blandos que había tocado en mi vida y una curva en el labio superior que me recordó de inmediato a Sara.

Todo él era perfecto. Ni siquiera podía creer que algo tan maravilloso hubiese nacido de mí, de ella, de nosotros. Durante los siguientes meses, cualquier cosa que hiciese me parecía increíble. La forma en la que sus deditos

se aferraban a los míos, su risa vibrante y alegre que inundaba la habitación, verle aprender a hacer cosas nuevas...

Con la llegada de Daniel a nuestras vidas, Sara cambió. Y si antaño ya la amaba, entonces la amé mucho más.

Dejó a un lado su lado más cerrado, más arisco. Sonreía el doble, el triple, el cuádruple..., su rostro tenía una luz especial de la que antes carecía. Era

feliz. Y más cariñosa que nunca: lo besaba, lo abrazaba, lo achuchaba a todas horas como si nunca tuviese suficiente de él. Cuando Sara se tumbaba en la alfombra del comedor por las noches e intentaba retenerlo junto a ella entre risas, Daniel se retorció intentando escapar, divertido, y me llamaba con esa vocecita dulce diciendo «papá». En realidad era «pa-pá»,

separando las dos sílabas al hablar, rompiendo la palabra. Ni siquiera estoy seguro de volver a poder escuchar esas cuatro letras sin que me dé un vuelco el corazón.

La noche que lo cambió todo era uno de esos días cálidos y largos de verano. Sara estaba en La Albufera. Le habían hecho un encargo especial en el

que debía retratar ese sitio tan turístico de la ciudad, el mar por la noche y los alrededores repletos de pinedas y campos de arroz. La empresa extranjera quería potenciar la zona entre sus clientes.

—Así que volverás tarde —dije, con el teléfono apoyado en el hombro mientras le limpiaba a Daniel la boca con un pañuelo de papel y le arrebatava

la bolsa de gusanitos que aferraba entre sus manos—. ¿Seguro que no quieres que te esperemos?

—No. Id vosotros.

—De acuerdo. Nos vemos luego. Te quiero.

Colgué el teléfono y me agaché hasta quedar a su altura. Señalé la bolsa de gusanitos con una mano.

—No vamos a decirle a la mamá

que has comido esto, ¿de acuerdo? La única verdad es que has merendado un potito de frutas.

—¡De *futas*! —gritó.

Sonrió y sus ojos azules y grandes se achinaron momentáneamente. Asintió con la cabeza repetidas veces y yo le saqué con cuidado el dedo que llevaba metido en la boca. Aunque ya tenía dos años y medio, hacía poco que habíamos

conseguido quitarle el chupete y seguía teniendo la mala costumbre de morder o chupar cualquier cosa.

—Y ahora vamos a vestirte.

No protestó cuando le cogí de la mano y me siguió hasta su habitación. Se subió a la cama y se quedó ahí sentado, con las piernas colgando y balanceándolas, esperando a que yo sacase la ropa del armario. ¿Qué

demonios conjuntaba con color azul?
Más azul, suponía. Íbamos a cenar a casa de Marta, la madre de Sara, y ella siempre solía alabar que su nieto fuese bien vestido y luego le pellizcaba un moflete y decía que ya era todo un «hombrecito». En realidad, lo parecía. Un hombrecito en miniatura.

Saqué unos pantalones que imitaban la tela vaquera y una camiseta corta azul

celeste. Lo desnudé y luego empecé a vestirlo. Cuando solo quedaba por poner la parte de arriba, le pedí que se pusiese en pie encima de la cama.

—Colega, levanta los brazos.

Le metí la camiseta por la cabeza y antes de bajársela del todo, le hice cosquillas y él rio descontrolado y se dejó caer sobre el mullido colchón. Yo sonreí también y cogí sus dos peluches

preferidos.

—A ver, elije cuál prefieres llevarte
—los sostuve frente a él, que los miraba
alternativamente—. Kaite, el cocodrilo
gordo o el elefante Trompa.

—¡Kaite! Dame.

Abrazó el peluche y salimos a la
calle. Un trayecto en coche de veinte
minutos nos separaba de casa de Marta.
Aunque eran casi las nueve de la noche,

todavía no había anochecido del todo. Siempre me gustaron esos días de verano largos y perezosos.

—*Abuebita* —murmuró Daniel, que estaba en el asiento trasero del coche.

—Abuelita —corregí—. Vamos a ver a la abuelita.

—Sí.

Le eché un vistazo a través del espejo retrovisor y vi que estaba

jugando con Kaite, el cocodrilo de peluche, moviéndolo aquí y allá como si lo estuviese haciendo bailar.

—¿Pongo música, colega?

—¡Sí! —sonrió.

Los *Rolling Stone* comenzaron a sonar y Daniel aplaudió animado. No dejó de hacerlo hasta que aparcamos frente al piso de Marta y ella nos recibió minutos más tarde con una enorme

sonrisa. Sofía salió corriendo del cuarto de baño con el pelo a medio hacer, cogió a su sobrino en brazos y se lo llevó con ella.

—¡También es mi nieto! —bromeó su madre mientras se ponía la manopla de cocina para abrir el horno.

—¡A mí me quiere más! —se oyó la voz de Sofía a lo lejos.

Siempre solía hacer eso. Sofía se

llevaba a Daniel consigo a todas partes y tendía a acapararlo porque a los dos les encantaba pasar juntos todo el tiempo posible. Aparte de ser su única tía, era la mejor. Lo cuidaba y lo mimaba (demasiado), y si en alguna ocasión Sara y yo necesitábamos dejarlo al cuidado de alguien y su abuela tenía que trabajar, Sofía se ofrecía enseguida para hacerse cargo. La última vez que

salimos a cenar a solas, al regresar encontramos a nuestro hijo apretujado en el sofá junto a otras cinco adolescentes viendo *La bella durmiente*. Daniel no le hacía ascos a las atenciones extras.

Marta sacó el pollo con patatas del horno y yo le ayudé a servirlo y repartirlo en los cuatro platos. La mesa ya estaba puesta.

—Así que terminará tarde ese

trabajo —murmuró.

—Me dijo que no le daría tiempo a llegar.

Cogí una patata y me la llevé a la boca antes de que mi suegra me diese un manotazo. Reí mientras masticaba. Yo había admirado a Marta desde el primer día que la conocí. Quizá porque necesitaba alguna figura paterna, después de que el cáncer se llevase a

mis padres pronto y en dos años consecutivos. O quizá porque había sido una de esas mujeres fuertes e independientes para la época, capaz de sacar sola adelante a sus dos hijas cuando el padre de ellas las había abandonado, negándose a pasarles ningún tipo de manutención. Con Daniel, además, Marta era severa y autoritaria, pero también cariñosa y dulce, justo lo

que él necesitaba en esos días en los que Sara y yo nos ablandábamos demasiado, cosa que ocurría la mayor parte del tiempo.

Cenamos los cuatro en la mesa del salón. O mejor dicho, los tres. Daniel se negó a probar bocado del puré de verduras que su abuela le había preparado y yo le dirigí una mirada asesina desde el otro lado de la mesa,

deseando poder comunicarme con él de algún modo telepático. Sabía que no tenía que haberle dado tantos gusanitos tan tarde. Y también sabía que Marta se imaginaría en qué había consistido su merienda porque normalmente, y por suerte, Daniel no solía dar demasiados problemas con la comida.

—¿Un bocadito por la tía? —le tentó Sofía.

—¡Nooooo!

Daniel hizo un puchero. Me ganaba cuando hacía eso.

—Déjalo, da igual. Luego le daré algo cuando lleguemos a casa —dije.

Sofía engulló la cucharada de puré.

—Humm, pues está rico —se encogió de hombros y siguió quitándole la piel a su trozo de pollo asado.

Nos quedamos un rato después de

terminar de cenar y sobre las once y media, cuando Sara me llamó para avisarme de que había terminado, nos despedimos y pusimos rumbo a casa.

Empezó a caer una llovizna tierna al principio que terminó transformándose en una de esas tormentas de verano que dejaban al terminar un aroma a limpio y a humedad impregnando la ciudad. Activé los limpiaparabrisas del coche

justo cuando Daniel comenzó a gimotear.
Le miré por el espejo retrovisor, a pesar
de que estaba a oscuras.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Kaite *sa* caído —sollozó.

—Tranquilo, ahora luego lo
cogeremos.

—¡Noooo, pa-pá!

—¿Ponemos música otra vez?

—¡No! Quiero *cocodilo*.

—Daniel, pórtate bien. Ya casi hemos llegado.

Suspiré hondo cuando esos sollozos iniciales se transformaron en un lamento agudo y profundo. Las pocas veces en las que lloraba, lo hacía intensamente. El tipo de llanto desesperado que te traspasa los tímpanos y te encoge el alma.

—Vamos, a Kaite no le pasa nada

—lloró más fuerte, ahora que tenía toda mi atención y yo expulsé entre dientes el aire contenido—. Joder. Jolines —me corregí. Estábamos en la autovía y las gotas de lluvia se deslizaban por el cristal antes de que el limpiaparabrisas las arrojase a un lado. Daniel comenzó a patallar con fuerza—. Vale, cálmate, veamos dónde se ha metido el dichoso cocodrilo...

Sujeté el volante con la mano izquierda y me incliné hacia un lado para intentar tantear con la mano que tenía libre la parte inferior de los asientos, buscando dónde podía haberse caído el peluche. Dejé de mirar un instante, solo un instante, la carretera cuando mis dedos tropezaron con el pelaje suave del muñeco y tiré de él.

Después, solo recuerdo el sonido

seco y abismal cuando chocamos, como si el mundo se quebrase a nuestro alrededor en mil pedazos, al igual que lo hacían todos los cristales del coche. Luego oscuridad. Y un silencio denso envolviendo la noche.

Cuando volví a abrir los ojos estaba tendido sobre una camilla y tenía una mascarilla puesta. Veía borroso. No dejaba de oír voces desconocidas a mi

alrededor. Estaba confuso. Sentía un dolor hondo e intenso en cada centímetro de mi cuerpo y tan solo podía pensar en Daniel. En Daniel y en si él estaría sintiendo el mismo dolor en ese preciso instante, porque si era así tenía que estar a su lado, tenía que hacer algo para conseguir levantarme e ir hasta él. Tenía que...

—No se mueva —uno de los

sanitarios me retuvo con suavidad por el hombro. El cielo era una superficie negra, lóbrega y sin estrellas. La luna estaba encogida sobre sí misma, pequeña y fina.

—Daniel —balbuceé con la mascarilla puesta.

—Las constantes están bien —comentó su compañera, ignorándome.

Intenté abrir la boca y hablar de

nuevo, pero me faltó fuerza y tan solo conseguí tomar una bocanada de aire que no parecía llenarme los pulmones. Antes de que pudiese lograr que alguien entendiese lo que intentaba decirles, levantaron la camilla en el aire y me transportaron hasta la puerta de la ambulancia que había a mi espalda.

Y entonces lo vi.

Vi el cuerpo pequeño e inocente

cubierto por una manta oscura que había al lado de otro grupo de sanitarios, cerca de una segunda ambulancia y del amasijo de hierros en el que se había convertido el coche.

Me zarandeó un dolor hondo, visceral. Todo a mi alrededor quedó reemplazado por ese vacío inmenso, indescriptible. Y antes de quedarme inconsciente, lo único que deseé fue

irme de allí, de aquí, del mundo. Quería estar muerto. Recé para no lograr salir con vida de esa ambulancia en la que me estaban metiendo, porque ya sabía que dejar de respirar era el único modo de volver a estar junto a Daniel.

Sara

Entreabro los ojos al escuchar el ruido de la cerradura girando. Por un momento, pienso que Víctor ha regresado, pero después recuerdo que él ya no tiene llaves de este apartamento. Confundida, me doy la vuelta y advierto que me quedé dormida en la cama de

Daniel. Mierda. Un nudo me atenaza la garganta justo cuando mi madre y Sofía entran en la habitación; las dos parecen sorprendidas por encontrarme aquí.

—Quiero... levantarme —balbuceo con la voz rara.

Antes de que consiga incorporarme, mamá me sujeta del brazo y me obliga a permanecer tumbada. Me aparta el flequillo de la frente y posa su mano

sobre mi mejilla. Noto las lágrimas quemándome en las comisuras de los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Sofía se sienta a los pies de la cama.

—Nada... —gimo—. Víctor vino. Yo le pedí... que viniese...

Mi madre gira la cabeza hacia mi hermana y le dice que vaya a la cocina a preparar algo de desayunar. Ella

obedece sin rechistar y entorna la puerta al salir. Esa puerta. Hay unas letras de colores, hechas de madera, colgadas sobre la superficie y forman el nombre de Daniel, con un gracioso gusano verde imitando la línea alargada de la «L» final.

—Víctor... estuvo aquí —digo de nuevo.

—Lo sé. Él me llamó esta mañana.

—No debería haberlo hecho.

—Estaba preocupado por ti, al igual que lo estoy yo —acoge mi mano entre las suyas, que están calientes y suaves—. Algo tiene que empezar a cambiar. Sé, ya sé que has mejorado mucho —dice antes de que pueda defenderme—, pero eso no es suficiente. Necesitas que tu vida vuelva a la normalidad en la medida de lo posible, tienes que tener

una especie de rutina, Sara. Entiendo que tu trabajo te da cierta libertad, pero no es normal que un lunes te levantes a las siete de la mañana y el martes siguiente lo hagas a las doce del mediodía. Debes organizarte de algún modo, tener unos hábitos fijos que te ayuden a ir superando el día a día y...

—Joder, mamá.

—Esa boca.

—Joder hostia puta, me importa una mierda lo que tú quieras, ¿mejor así?

—Estás enfadada.

—¡Y tú vacía! —grito—. ¿Es que no sientes nada? ¡Se supone que deberías entenderme mejor que nadie y nunca lo has hecho!

Ignoro las lágrimas que se agolpan y hacen que sus ojos pardos parezcan más brillantes de lo normal. Suelto su mano.

—Precisamente porque soy madre no soporto verte así. Por supuesto que me duele lo que ocurrió. Hay mañanas en las que desearía no levantarme de la cama, pero sé que debo hacerlo, sé que debo seguir. Eso es lo que te duele. Daniel ya no está y el mundo sigue adelante... es horrible, pero...

—¡Cállate!

Me llevo las manos a la cabeza. No

quiero verla, no quiero oírla, no quiero nada.

—No, no voy a hacerlo. No consentiré que te hundas todavía más. Eres mi hija. Tú y Sofía sois lo único que tengo, lo que más quiero en este mundo. Vas a tener que aprender a vivir con el dolor...

—Pero no puedo... —sollozo y noto mi estómago sacudirse.

—Eres más fuerte de lo que crees.

Tú siempre fuiste la más fuerte.

—Era mentira. Solo fingía todo el tiempo. No soy fuerte.

—Yo estoy aquí. Estoy aquí para ti, cielo.

Niego con la cabeza. No puedo dejar de llorar. ¿Cómo es posible que las lágrimas no tengan fin, que no se agoten...?

—¿Tú? ¿Para qué? ¿Para hablarme de vestidos o tonterías?

—Te hablo de eso porque es lo que hace la gente normal. Charlar sobre temas banales, intentar vivir el día a día... —se limpia una lágrima con el dorso de la mano—. Lo he intentado de todas las maneras, Sara, y ninguna funciona. Cuando te hablaba de Daniel odiabas que lo hiciese, pero si no hablo

de él te cabrea que no lo haga y piensas que soy fría y que no quería lo suficiente a mi nieto y que... Dios, esto es...

Aparto la mirada, incapaz de verla llorar de nuevo y al final me incorporo y la abrazo con cierta torpeza y sollozo sobre su hombro.

—Lo siento, mamá. No quiero hacerte llorar..., como siempre hago...
Lo siento. Perdóname.

—Tranquila, no pasa nada —me frota la espalda de arriba abajo. Cuando era pequeña y no podía dormir o estaba asustada, siempre me calmaba que hiciese ese movimiento repetitivo y constante. Me apaciguaba la seguridad de saber que después de llegar abajo, la mano volvería a subir y así sucesivamente—. Todo va a ir bien. Poco a poco. Tienes que empezar a ir

devolviendo todas esas llamadas que llevas meses ignorando: tus amigas de la facultad, los compromisos que dejaste pendientes. Nosotras vamos a estar aquí para ayudarte en todo lo que necesites. Y Víctor también, ya lo sabes.

—No. No quiero nada de él. Le odio. Le odio con toda mi alma...

Vuelvo a sollozar, aunque me siento más débil, más cansada.

—No es verdad, cielo. Sabes que no.

—Fue su culpa. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Fue un accidente.

—No —me separo de mi madre y la miro entre lágrimas—. Se salió de la carretera. No hubo ningún otro implicado, nada que no dependiese solo de sí mismo. Yo confiaba en él, confiaba

en que siempre cuidaría y protegería a Daniel y no lo hizo. ¿Cómo se supone que voy a perdonarle algo así? Me quitó lo que más quería...

Mi hermana irrumpe en la habitación y yo dejo de hablar.

—Ya está listo el desayuno —dice—. He hecho las tostadas como a ti te gustan, casi quemadas. Bueno, totalmente quemadas en realidad.

—Gracias, enana.

Me limpio con las manos los restos de lágrimas y me pongo en pie. Mamá me sujeta por la cintura como si creyese que fuese a caerme de un momento a otro. Es evidente que miente: no me considera fuerte. Intento no mirar los muñecos y los colores llamativos y vibrantes que invaden esta habitación que, antaño, fue la más alegre de la casa,

y avanzo junto a ellas hasta la cocina.

Sofía se ha esmerado al poner la mesa y ha preparado también zumo de naranja, café y tomate con aceite y sal para untar las tostadas. Cuando paso por su lado le doy un beso en la frente y me siento entre ella y mamá. El pan está caliente y crujiente.

—Es sábado. Podríamos ir al cine esta noche las tres juntas —dice mamá.

—¡Sí! ¡Di que sí, Sara! —mi hermana me coge el brazo y me zarandea animada.

—De acuerdo.

Acabo de percatarme de que hace más un año que no piso la sala de un cine.

—Y después cenamos cualquier cosa por ahí —añade mamá antes de darle un sorbo a su café con leche.

Víctor

Me tienden un plato con un trozo pequeño de pastel. Casi todos tenemos uno en la mano. Es la fiesta improvisada para despedir a Anna que hemos organizado en la oficina y todo el mundo ha abandonado su despacho o el cubículo donde trabajan para asistir al

corto acontecimiento. No quiero que se marche. Odio este puto lugar. Y lo odiaré todavía más cuando ella ya no esté. Si ya era aburrido venir a trabajar todas las mañanas, la cosa va a empeorar. Lo que antaño era la empresa de mi vida, ahora es solo un reflejo de lo que pudo llegar a ser. Yo buscaba y quería algo mucho más personal, más concreto, no una jodida franquicia sin

alma que manejasen los demás a su antojo.

—Si sonríes un poco más el mundo explota —bromea Anna mientras se acerca a mí y se apoya a mi lado, en una de las paredes del fondo.

—¿En serio? Probemos a ver... —curvo los labios a propósito—. No, mierda, el mundo sigue aquí. Qué putada.

—Otra vez será.

Anna se encoje de hombros y cuando termina de comerse su trozo de pastel, señala el mío con la cucharilla y aún con la boca llena.

—¿No piensas comértelo?

—No. Toma.

—¡Ración doble! Gracias.

El resto de los compañeros se van dispersando cuando se terminan los

veinte minutos libres del descanso. En realidad, no creo que a ninguno de ellos le afecte demasiado su marcha, apenas la conocen, no ha estado mucho tiempo en esta oficina. Aunque, a veces, el tiempo no entiende de afecto ni de lógica.

La veo comer en silencio, llevarse a la boca un trozo tras otro de mi pastel y relamerse los labios tras cada bocado.

—A veces te envidio.

Alza la mirada hacia mí.

—¿Y puede saberse exactamente por qué?

—Por todo. Eres feliz. No necesitas nada más, simplemente estás conforme con la vida —digo—. Hubo un tiempo en el que yo también me sentía así.

Anna suspira y deja el plato vacío en una mesa cercana, al lado de una

planta de hojas grandes y muy verdes.

Después me abraza y me aprieta fuerte.

—Te voy a echar de menos.

No hace falta que le diga que yo también. Me suelta y permanecemos un rato en silencio observando el perímetro, las voces susurrantes que emanan de los cubículos del fondo, el traqueteo de los dedos al golpear suavemente el teclado del ordenador, el

susurro que produce el aire acondicionado...

—Presiento que te irá bien —le aseguro.

Me encierro en mi despacho poco después y vuelvo a centrarme en el trabajo que he dejado a medias. Abro la lata de Coca-Cola que acabo de sacar de la máquina justo cuando Eric, uno de los socios, llama a la puerta y la abre

sin esperar respuesta. Asoma la cabeza.

—¿Puedo?

—Claro. Adelante.

Doy un trago al refresco mientras él se sienta frente a mi mesa. Tiempo atrás, fuimos mejores amigos. Salíamos por ahí a tomar una copa algún que otro viernes, al terminar de trabajar, teníamos una idea en común de lo que queríamos que fuese este negocio y

confiaba en su criterio. No es que ahora ya no lo haga, sigo teniéndole aprecio, pero lo alejé de mí y no tengo intención de recuperarlo. La vida da vueltas, se retuerce y gira sobre sí misma, y las personas que creíamos imprescindibles un día dejan de serlo. Así, sin más. Supongo que son cosas que pasan.

Eric deja sobre la mesa unos cuantos papeles.

—Me han ofrecido un puesto en una empresa de Francia —dice y lo veo girar con cierta inquietud el anillo de casado que lleva en la mano. Sonrío para mis adentros, siempre me hizo gracia esa manía suya de hacerlo girar y girar incluso en las reuniones importantes.

—Me alegro por ti. ¿De qué se trata?

—Es una empresa de diseño pequeña, pero con mucho presupuesto. Tienen clientes importantes, clientes que quieren... algo más exclusivo, más personal. Valoran la originalidad por encima de todo. Buscan un asesor que se encargue de la supervisión y ejerza de guía a la hora de mantener la filosofía de trabajo, alguien con experiencia. Y además, pagan muy bien.

—Pinta bien.

—Todavía no he dicho que sí.

—¿Y a qué esperas?

La propuesta suena inmejorable.

Él suspira hondo.

—Estaba esperando a comentártelo

a ti —responde.

—Tienes mi beneplácito o lo que

sea. De verdad, Eric. No lo pienses más.

Este tipo de oportunidades solo se

presentan una vez cada... bueno, mira, en realidad ni siquiera suelen presentarse. Vete. Seguirás teniendo aquí tus acciones.

Eric ladea la cabeza.

—Sabes que fuiste como un hermano para mí, ¿verdad? —me quedo callado, mirándole en silencio—. Si no estuve lo suficiente ahí cuando ocurrió todo lo que... —hace una pausa—, si no

estuve, lo siento. He pensado mucho en ello durante los últimos meses. Pero cuanto más tiempo pasaba, más miedo me daba acercarme a ti e intentar recuperar algo de la amistad que tuvimos...

—No es tu culpa.

—He hablado con la empresa francesa y les he comentado que conozco al tipo perfecto para

desempeñar ese trabajo: tú —expulsa el aire que ha estado conteniendo—. Si lo rechazas..., iré yo en tu lugar. Pero piénsatelo —vuelve a tocar los papeles que ha dejado antes en mi mesa—. Aquí tienes toda la información y como bien acabas de decir, este tipo de oportunidades no surgen muy a menudo.

—No puedo ocupar tu puesto.

—Tranquilo, mi mujer y los niños

están deseando que aceptes. Si lo haces, me ahorrarás un montón de discusiones y quebraderos de cabeza —sonríe y se inclina hacia delante—. Además, creo que te vendría bien, Víctor. Necesitas un cambio drástico, despejarte de todo. Y cuando lo hagas, cuando regreses aquí, tú y yo tomaremos las riendas de esta empresa y a Marcos que le jodan —se empieza a poner en pie—. Míralo bien,

tienes tiempo para tomar una decisión.

Sara

Tengo la cámara colgada del cuello mientras abro la ventana de la cocina. La dirijo hacia el cielo anaranjado que preside la ciudad y parece estar en llamas y enfoco con cuidado moviendo el objetivo. *Clic*. Doy un paso a la izquierda e intento capturar la bandada

de pájaros negros que se mueve hacia el este. *Clic*. Bajo la cámara lentamente, sin apartar la mirada de esas nubes ensangrentadas. Salgo de mi letargo cuando suena el móvil.

Es Víctor.

Hace casi dos semanas que no hablamos, aunque sigo pensando cada día en el tacto de su piel, en su forma de tocarme, en los momentos de silencio

dentro de la bañera y la forma en la que me encogía el corazón escucharlo llorar dentro de esa habitación.

De Víctor para Sara, a las 21:13pm.

Tengo que hablar contigo. ¿Estás en casa?

Me quito la cámara del cuello y la

dejo sobre la mesa con cuidado.

*De Sara para Víctor, a las
21:15pm.*

Sí. ¿Va todo bien?

*De Víctor para Sara, a las
21:16pm.*

«Bien» es siempre tan relativo...

Pero creo que las cosas van como

tienen que ir. Nos vemos ahora. Voy hacia allí. Besos.

Me siento un poco ansiosa mientras espero su llegada, así que me entretengo sacudiendo los almohadones de diversas texturas que hay sobre el sofá y colocando las revistas en una fila perfecta ordenada por tamaño, de la más grande a la más pequeña. El timbre

suenan apenas veinte minutos después.

Víctor exhala hondo cuando me ve y me echa un vistazo rápido antes de entrar sin mediar palabra. Deja en la mesa del comedor un sobre grande de color canela y se muerde el labio inferior con cierta indecisión.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Yo... —se mueve por la estancia de un lado a otro y al final se lleva las

manos a la cadera.

—Dilo sin más.

—Me han ofrecido un puesto de trabajo. En Francia.

—¿Cómo?

—Es... es una empresa relativamente nueva. En realidad se lo dieron a Eric y él pensó que me podría interesar.

—No lo entiendo...

Estoy un poco confusa. No termino de procesar la noticia. Todo se deshace, se derrumba, se cae.

—Sara, mírame —ruega—. Si tú me pides que me quede aquí, lo haré. Sin dudar. Si todavía crees que existe una remota posibilidad para nosotros, si todavía sientes algo... necesito saberlo ahora.

Se me encoje el estómago.

Vete, vete, vete...

No te vayas, no te vayas, no te vayas...

Intento que no descubra que estoy temblando. ¿Se puede odiar y amar a alguien a un mismo tiempo? ¿Se puede querer estar muerto y a la vez anhelar un soplo de vida...? Algo que calme la desolación. Un impulso que me empuje hacia delante.

—No voy a pedirte que te quedes...

Mi voz es apenas un susurro.

Después, un silencio denso se adueña de la estancia. Me gustaría alzar la mano y cazar las palabras que acaban de salir de mi boca, volver a guardarlas en mi garganta, impedir que se escapen de nuevo. No quiero que se vaya. Víctor es parte de mi vida. Víctor me hace sentir. Sentir cosas malas a veces, cosas

buenas otras... Pero sentir. Cuando pienso que la indiferencia me consume, él llega y la aleja.

Da un paso hacia mí. Trago saliva, tengo la boca seca. Está muy cerca. Está demasiado cerca.

—Te entiendo. Y ya sé que pierdo el tiempo, pero no soportaría irme sin decírtelo: vente conmigo. Por favor —suplica—. No voy a asegurarte que

empezaremos desde cero, porque sería una jodida mentira. Es imposible que tú y yo hagamos algo así. Pero empezaremos desde el número que se suponga que estamos. Desde doce. Desde veintitrés. Desde ciento sesenta y dos. No importa el inicio, importa el final. Y te prometo que será infinito, siempre que tú quieras.

Se me eriza la piel y me abrazo a mí

misma.

—¿Te has vuelto loco? No..., no puedes pedirme algo así.

—Sí puedo, por eso acabo de hacerlo.

Alza una mano y, con delicadeza, coloca tras mi oreja el mechón de cabello que escapa de la coleta. Aguanto la respiración hasta que se aparta.

—Te dejo a solas, para que puedas

pensarlo —comenta—. En ese sobre tienes toda la información. Llevo unos días buscando algunas residencias de alquiler y vi una que... No sé, pensé que te gustaría y está a solo media hora de las oficinas. —Coge mucho aire de golpe—. Pero si te arrepientes, si cambias de opinión y aún crees en nosotros pero no sabes cómo decírmelo o necesitas tiempo... simplemente dame

alguna señal. Lo que sea. Una llamada perdida. Un mensaje. Algo que pueda entender. Y entonces me quedaré.

Después se marcha y yo permanezco allí, en medio de la estancia, sola e inmóvil. Ni siquiera he sido capaz de despedirme. Cojo el móvil y me planteo volver a llamarle, pedirle que suba de nuevo, que no se vaya así..., al final vuelvo a dejarlo en la mesita. Me sudan

las manos. Voy a la cocina a prepararme un té de limón antes de regresar al comedor y coger el sobre marrón que ha dejado.

Dentro hay un montón de fotografías de bosques y lugares representativos de la zona, mapas de carretera y rutas que Víctor ha señalado a mano, todas ellas parten desde Rennes y una en concreto deriva hacia un pueblo pequeño y

cercano. Saco el clip que hay en esa esquina y veo la casa a la que se refería. Ha impreso los papeles de una página web de alquileres. Es acogedora, de madera y, aunque hay otras casas alrededor, parece estar en medio del bosque porque los árboles altos y frondosos se recortan tras el tejado a dos aguas. El porche de madera es minúsculo, apenas cabe una silla y un

par de macetas, pero es perfecto.

Al fondo del todo hay un billete de avión. La fecha es para dentro de tres semanas.

Vuelvo a meterlo todo dentro del sobre y, mientras lo cierro, camino hasta la habitación, abro el primer cajón de la mesita vacía de Víctor y lo meto ahí.

Cierro el cajón. Ya no quiero volver a abrirlo nunca más.

Víctor

Tengo las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la mirada clavada en la enorme cristalera del aeropuerto. El cielo es de color grisáceo y los aviones llegan y se marchan, aterrizan y alzan el vuelo. Llevo viendo ese pequeño espectáculo durante toda la

mañana. No sé cuántas horas llevo aquí ni por qué he venido tan temprano, incapaz de permanecer durante más tiempo en el solitario apartamento donde he vivido hasta ahora. He tomado más cafés de la cuenta y noto la mandíbula tensa.

No sé nada de Sara.

La he llamado unas cuantas veces desde que me fui de su apartamento,

pero no lo ha cogido ninguna de ellas. Tampoco contesta los mensajes. Pensé en llamar a Marta... pero no lo hice. Me sigue doliendo intentar imponerme ante sus decisiones, porque da igual lo que haga, no puedo evitar que me odie, no puedo conseguir que me quiera como antes. No depende de mí. No puedo moldear, dibujar y borrar sus sentimientos a mi antojo. Solo sé que le

he dado todo lo que he podido, ya no me queda nada que ofrecer.

El resto, la persona que fui antaño, se fue con Daniel. Y no va a volver.

Daniel. Daniel y su voz. Daniel y el rostro más bonito y perfecto del mundo. Daniel y su encantador modo de llamarme «pa-pá», Daniel y la felicidad absoluta...

Me froto los ojos. Necesito dormir.

Estoy cansado en todos los sentidos.
Cansado por la falta de sueño, cansado
de tanto pensar.

—Pasajeros con destino al
aeropuerto de Rennes Saint-Jacques,
empiecen a embarcar por la puerta A5.
Passatgers amb destinació a...

Dejo de contemplar la pista y cojo
las maletas antes de dirigirme hacia el
lugar indicado. No dejo de mirar a mi

alrededor. Sé que Sara no aparecerá, lo sé, pero aun así no puedo evitar fijarme en cada chica morena, en cada chica de estatura media que encuentro en las inmediaciones, en cada chica que viste vaqueros... no está. Ella no está.

—¿Me deja su pasaporte, por favor?

Tomo aire y me giro una última vez hacia la sala del aeropuerto.

Nada.

Le tiendo toda la documentación y me indica que pase hacia la zona de embarque. Poco después, estoy dentro del avión con el asiento más próximo a la ovalada ventanilla. Joder. Ya la echo de menos y todavía no hemos despegado. Ya estoy deseando regresar, volver a ella. No sé si estoy haciendo lo correcto huyendo, dejándolo todo atrás,

pero si sé que si todo seguía igual me iba a volver loco. Más. Todavía más. Solo encuentro alivio al pensar en que Marta y Sofía estarán con ella, porque necesita que la cuiden.

Se escucha por radiofonía las indicaciones básicas antes de que se produzca el despegue. Y después alzamos el vuelo. La ciudad se va empequeñeciendo y quedando atrás, muy

atrás. Apoyo la cabeza sobre el respaldo y cierro los ojos, porque no quiero pensar en nada, no quiero preguntarme mil veces más si este es el camino que debía tomar.

Todavía desorientado después del aterrizaje y a causa del cambio de idioma, consigo encontrar la ventanilla de la empresa a la que le he alquilado el

coche y que me de las llaves y las indicaciones pertinentes. Ya dentro del vehículo, me concentro en poner las coordenadas de la casa que he alquilado para, como mínimo, los próximos seis meses. No está demasiado lejos. Conforme me adentro más en la zona cercana a Paimpont el paisaje cambia y el bosque se apodera del lugar, delimitando la carretera repleta de

curvas. Incapaz de soportar más tiempo el silencio, enciendo la radio y empieza a sonar una canción en inglés.

El pueblo es pequeño, alargado y apenas hay un par de tiendas en la calle principal, dos de ellas de alimentación. Avanzo un poco más hacia las afueras y enseguida distingo la hilera de casas que vi en el anuncio. La mía es una de las últimas. Estaciono el coche enfrente. No

hay nadie, no se oye nada y parece un lugar deshabitado. Es justo lo que buscaba. Esconderme del resto del mundo.

Bajo del coche y lo rodeo sosteniendo en la mano las llaves que me hicieron llegar por correo hace una semana. La encajo en la cerradura y abro. Todo está a oscuras, la luz apenas consigue filtrarse por las rendijas de las

ventanas. Huele a polvo y humedad. Vuelvo a salir al exterior y cargo las maletas para trasportarlas dentro poco a poco. Voy abriendo todas las ventanas de la casa a mi paso, dejando que el aire templado penetre en la estancia. La parte trasera da directamente al bosque, te aleja de golpe de la civilización. Me gusta el contraste.

Inspecciono todos los armarios que

encuentro a mi paso en las diferentes habitaciones y me doy cuenta que hay mil cosas que comprar, especialmente en cuanto a utensilios de cocina o artículos básicos a los que prestamos poca atención hasta que prescindimos de ellos. Vuelvo a quedarme embelesado mirando a través de una de las ventanas que da a la parte de atrás. El sol proyecta sombras y luces que realzan la

belleza del frondoso bosque y las copas de los árboles se agitan en lo alto, como si desearan tocar las nubes blanquecinas.

A Sara le habría encantado. Y a Daniel también. Los dos hubiesen corrido de un lado a otro, jugando y descubriendo cada tramo de los alrededores. Porque ellos siempre fueron ese tipo de personas alegres y

despreocupadas a las que les trae sin cuidado tirarse en el suelo y mancharse de tierra. Tan solo disfrutar. Disfrutar de cada instante...

Suspiro hondo, frotándome con el dorso de la mano la barbilla. Supongo que hay cosas de las que no se puede huir. Da igual cuanto te alejes, los recuerdos siempre siguen ahí.

Me aparto de la ventana al escuchar

el motor de un coche. Salgo, dispuesto a presentarme ante los vecinos para quitarme ese escollo cuanto antes.

Pero Sara está ahí.

Está ahí, bajando de un taxi, intentando sacar una pesada maleta del maletero sin mucho éxito. El corazón me golpea con fuerza en el pecho. Consigo reaccionar y avanzo hasta ella. Cojo las maletas y las llevo dentro mientras ella

se esfuerza por hablar con el taxista y pagarle el servicio.

La espero en el porche. Sara sube los tres escalones que nos separan con lentitud, todavía vacilante. Sé que no está al cien por cien segura de si debe estar aquí. Pero a mí me ocurre lo mismo. Y no me importa, me sobra con que esté. Es suficiente.

—Has venido.

—He venido.

—Tarde.

—Perdí el vuelo...

—Porque estarías pensando demasiado.

—Pero cogí el siguiente —esboza una sonrisa pequeña y me mira.

Acojo sus mejillas entre mis manos y acerco su rostro. Como siempre, huele a cítricos, a algo fresco. Cierra los ojos

y su boca roza la mía.

—¿Qué vamos a hacer? —susurra.

—Simplemente seguir —le acaricio

los pómulos con los pulgares—. Porque no hay otra opción, solo seguir...

—Vale. Sigamos.

—¿Sabes que te quiero? —sonrío

contra sus labios—. Bueno, te quiero no.

Je t'aime, je t'adore, je... todo lo que tú me pidas, Sara.

Se ríe y entonces la beso y me llevo
el sonido de su risa, deseando guardarlo
para siempre.

Siete meses después...

*Alguna vez si ya no somos,
si ya no vamos ni venimos
bajo siete capas de polvo
y los pies secos de la muerte,
estaremos juntos, amor,
extrañamente confundidos.*

***Pablo Neruda. [Finalmente se dirige
con arrobamiento a su amada]***

Epílogo

Sara

A veces ocurren cosas que nos hacen cambiar. El tipo de cosas que marcan un antes y un después. Para algunas personas puede ser algo nimio, algo que para el resto no sea significativo. Para otras, puede tratarse de un suceso irreversible, de esos que te

destrozan el corazón.

Nunca sabremos cómo hubiésemos sido si eso no hubiese ocurrido. Así es la vida. Caprichosa, indescifrable, enigmática. Probablemente por eso seguimos cuestionando durante toda nuestra existencia qué hacemos aquí, cuál es exactamente la finalidad de que ahora mismo estemos caminando por el mundo. Nadie lo sabe. Al igual que

nadie sabe por qué en ocasiones ocurren cosas que se supone que no deberían pasar. Cosas inexplicables e injustas que nos hacen desear tirar la toalla y dejar de jugar a esto que llamamos vida.

Víctor ha cambiado. Ha dejado de ser esa persona encantadora dispuesta a agradar a todos los demás, ese chico que tenía labia para manejar a los clientes a su antojo; ahora es más taciturno, más

serio, pero le quiero igual porque, al final, en el fondo, sigue siendo él. Solo somos un cúmulo de matices que sacamos a relucir en según qué momentos.

Nuestra vida es diferente. La hemos ido construyendo sobre los cimientos de esa vida anterior que un día tuvimos. A veces se tambalea un poco, pero resiste. Él es feliz con su nuevo trabajo y yo

estoy ocupada con algunos proyectos que tengo pendientes y que Víctor me ha facilitado después de publicitarme en su empresa.

Por las tardes, cuando vuelve de la oficina, tenemos la costumbre de salir a dar una vuelta y pasear por los alrededores. A veces bordeamos la carretera y avanzamos hasta que anochece. A veces hablamos, otras

permanecemos en silencio. A veces nos cogemos de la mano y hay ocasiones en las que ni siquiera nos rozamos. Últimamente solemos entrar en el bosque y explorar nuevos senderos de tierra rojiza sin saber adónde nos llevarán. Estoy enamorada de este lugar tan conocido por inspirar cuentos de princesas y duendes, hadas y criaturas que viven entre los frondosos árboles.

Todo está repleto de helechos de un color verde vibrante, musgo reluciente y enredaderas sinuosas que trepan por los troncos como si desearan llegar al cielo.

Estoy arrodillada en el suelo e intento enfocar una araña de patas finísimas que trepa por una roca repleta de ese musgo tan característico de este sitio. No se oye nada, absolutamente nada. El silencio es sepulcral cuando

hago la fotografía, captando también el brillo de la tela de araña.

—La tengo.

—Déjame ver.

Me levanto y me acerco hasta Víctor que está sentado unos metros más allá. Lleva allí un buen rato, en realidad. No sé cómo es posible que nunca se aburra. Desde que nos conocimos, siempre soy yo la que al final tiene que anunciar que

ha llegado la hora de irse, si por él fuese dormiríamos en este bosque.

Giro la cámara y estudia la imagen en miniatura que se ve.

—Perfecta.

—¡No te pases! —me río y le doy un golpecito en el hombro.

Víctor sonrío travieso, deja la cámara a un lado y me coge entre sus brazos y consigue que los dos caigamos

al suelo, sobre la hojarasca seca y la tierra.

—¿Estás loco?

—Loco por ti.

—Ya veo...

Abro los labios cuando me besa con fuerza y ahogo un gemido en el interior de su boca. Le rodeo el cuello con las manos y respiro sobre la piel de su mejilla. Él me mordisquea la barbilla y

deja un rastro de besos por mi cuello
mientras clavo la mirada en el cielo
azulado del atardecer que se dibuja
sobre las ramas enrevesadas de los
árboles. Y durante unos dolorosos
segundos, me pregunto si Daniel estará
ahí, en el cielo, en no sé dónde, en algún
lugar donde sea consciente de lo mucho
que le echamos de menos. Siempre.
Todo el tiempo.

No sé qué nos deparará el futuro, no sé si mi vida tiene algún sentido o si me equivoqué en algún momento y no fui capaz de ver las señales y entenderlas correctamente... Lo único que sé ahora mismo es que Víctor me completa, me llena, me acaricia el corazón y que todo empezó con él y terminará con él.

FIN.

Agradecimientos

Haciendo honor a esta misma historia, seré breve e intentaré no extenderme tanto como en otras ocasiones. En primer lugar, como siempre, todo el agradecimiento del mundo a mi familia, amigos y lectores con los que comparto el día a día y terminan inspirándome sin ser siquiera

conscientes de que lo hacen.

En segundo lugar, a esas tres queridas personitas que leyeron antes que nadie este relato y me ayudaron con sus consejos y opiniones. Gracias a Dani (y perdón por robarte el nombre), Rocío y Eva. Sé que siempre puedo contar con vosotros.

Y en tercer y último lugar, gracias a J. De verdad. No sé qué escribiría si no

estuvieses en mi vida (quizá novela negra), porque no dejo de «robar» momentos para meterlos en las historias que se enredan en mi cabeza. Gracias por creer en mí cuando ni siquiera yo misma soy capaz de hacerlo. Todo empieza en ti y termina en ti.

Alice Kellen nació en 1989 y actualmente reside en Valencia. En sus ratos libres, le gusta estar con su familia y amigos, salir a practicar running y viajar. Además, se declara una apasionada de los animales, el cine y las series de televisión. Su novela «Llévame a cualquier lugar», está disponible en todas las librerías y podéis encontrar en digital los títulos

«Otra vez tú» y «Sigue lloviendo».

Puedes contactar con la autora o seguir sus pasos a través de Pinterest, Facebook, Twitter e Instagram: **@Alicekellen_** o, si lo prefieres, escribiendo un correo electrónico: **alicekellen7@gmail.com** Además, en su página web descubrirás artículos relacionados con la literatura y más información sobre sus novelas:

www.alicekellen.com